



LA AMENIDAD

BOLETÍN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Una cosa parecida es lo que pasaba en casa del banquero Selim; pero Nedjeb, únicamente servía á Amasia, y después de haber sido recogida desde niña en aquella casa, ocupaba una situación especial, que no la sometía á ninguno de los servicios de la esclavitud.

Amasia, medio reclinada sobre un divan cubierto de rica tela persa, recorría con su mirada la bahía de Olessa.

—Querida señora — dijo Nedjeb, sentándose sobre un cojín á los piés de la jóven — el señor Ahmet no ha venido todavía. ¿Qué es lo que le sucede?

—Ha ido á la ciudad — respondió Amasia, y puede ser nos traiga una carta de su tío Keraban.

—¿Una carta, una carta! — exclamó la jóven sintiendo. — No es una carta lo que nos hace falta, sino á una persona, y en verdad que se hace esperar.

—¿Un poco de paciencia, Nedjeb!

—Hablad como gustéis, mi querida ama. ¡Si es-

tuviérais en mi lugar, no estaríais tan tranquila!

—¿Loca! — respondió Amasia. — Cualquiera diría que se trata de tu casamiento y no del mío.

—¿Y creéis que no es un asunto grave el pasar al servicio de una señora, después de haber estado al de una señorita?

—No por eso te dejaré de querer, Nedjeb.

—Ni yo, mi querida señora. Pero verdaderamente yo os veré tan feliz cuando seáis la esposa del señor Ahmet, que rogara sobre mi algo de vuestra felicidad.

—¿Querido Ahmet! — murmuró la jóven, cuyos ojos se cerraron un instante, mientras evocaba el recuerdo de su futuro esposo.

—Vamos, mi querida ama, os veis obligada á cerrar los ojos para verle — exclamó maliciosamente Nedjeb — en tanto que, si él estuviese aquí, sería necesario abrirlos.

—Te rapito, Nedjeb, que ha ido á enterarse del

corro á la casa de banca, y que sin duda nos traerá una carta de su tío.

—Sí... una carta del señor Keraban, en la cual repetirá, siguiendo su costumbre, que sus negocios le entretienen en Constantinopla, que no puede dejar el despacho, que los tabacos están en alza, á menos que no estén en baja, que no llegará hasta dentro de ocho días, sino tarda quince... ¡Y esto corre prisa! No tenemos más que seis semanas, y es necesario que os caséis; si no, toda vuestra fortuna....

—No es por mi fortuna por lo que Ahmet me ama.

—Sea: pero no es necesario comprometerse por una tardanza, ¡Oh, si ese señor Keraban fuese mi tío!

—¿Y qué harías tú si fuese tu tío?

—Yo no hacía nada, puesto que parece que no hay otro remedio, y sin embargo, si estuviese aquí, si llegase hoy misma.... mañana, á más tardar, iríamos á casa del juez á registrar el contrato, y pasado mañana, una vez dichas las oraciones por el imán, estaríamos casados, pero bien casados, las jicotas se prolongarían durante quince días, y el señor Keraban partiría ántes de que terminasen, si es caso que le gustaba volverse á Constantinopla.

Es cierto que las cosas podían pasar de esa manera, si el tío Keraban no tardaba mucho en salir de Constantinopla. El contrato se halla ya registrado en casa del *mollah*, equivalente al cargo de notario público; contrato por el cual el futuro se obligaba á dar á su mujer el amueblado, el traje y la batería de cocina; después, la ceremonia religiosa; pero todas estas formalidades nada impediría el cumplirlos en tan poco tiempo como las decía Nedjeb. Pero era necesario que el señor Keraban, cuya presuncia era indispensable para la validez del casamiento en calidad de tutor del esposo, pudiese emplear en sus negocios los días que reclamaba en nombre de su bonita ama, la impaciente zingara.

En aquel momento la jóven sirvienta exclamó:

—¡Ah! mirad, mirad ese pequeño barco que acaba de arrojar el ancla al pie de los jardines!

—¡En efecto! —respondió Amasia.

Las dos jóvenes se dirigieron á la escalera que descendía al mar, para ver mejor la ligera barquilla, que se balanceaba graciosamente en aquel sitio.

Era una pequeña embarcación cuya vela pendía del palauquin. Una pequeña brisa le había permitido atravesar el golfo de Odessa. La cadena la conservaba á menos de un cable de la orilla, balanceándose dulcemente en las últimas olas que venían á morir al pie de la habitación. El pabellón turco (de estameña roja con la media luna de plata) flotaba en la extremidad de su antena.

—¿Puedes leer su nombre? —preguntó Amasia á Nedjeb.

—Sí —respondió la jóven; —mirad, está en la popa, y su nombre es *Guldars*.

La *Guldars*, en efecto, con su capitán Yarad, acababa de anclar en aquella parte del golfo, y no parecía que abrigase la intención de permanecer mucho tiempo, á juzgar por el aspecto de su velamen, en el que un marino hubiera podido reconocer fácilmente que se hallaba dispuesto á aparejar.

—En verdad —dijo Nedjeb— que sería delicioso dar un paseo en esa linda embarcación, que con la ayuda del viento inclinaría sus blancas alas sobre esa azulada superficie.

La jóven zingara, apercebiendo un cofrecito, encontrado en una mesita de loza china, cerca del diván, fué á abrirle y sacó algunas joyas.

—Y estas alhajas tan bellas que el señor Ahmet ha hecho traer para vos, me parece que hace ya más de una hora que las hemos olvidado.

—Lo crees tú así —murmuró Amasia tomando un collar y dos brazaletes, que cantillearon entre sus dedos.

—Con estos adornos el señor Ahmet ha querido haceros todavía más bella, pero no lo ha logrado.

—¿Qué dices, Nedjeb? —respondió Amasia.—¿Qué mujer no gana en belleza con adornos tan hermosos? ¿Ves estos diamantes de Visapor? ¡Son joyas de fuego, y me parecen estar viendo los ojos de mi desposado!

—¡Eh, querida señora! cuando los vuestros le miran, ¿no le haceis un regalo que vale tanto como el suyo?

—¡Ah loca! —reprochó Amasia.—¿Y este zafir de Ormuz, y estas perlas de Ophir, y estas turquesas de Macedonia?

—Turquesa por turquesa —respondió Nedjeb, viendo —al señor Ahmet no pierde en el cambio.

—Felizmente, Nedjeb, no está aquí el para óírte.

—Bien; si estuviese aquí, señora mía, os diría el todas estas verdades, y de su boca tendrían mucho más valor que de la mía.

Después, tomando un par de zapatillas, colocadas cerca del cofrecito, dijo:

—¿Y estas pequeñas babuchas, bordadas de lentejuelas y pasamanería, con plumas de cisne, hechas para dos piecitos que yo conozco?.... Dejad que os las pruebe.

—Próbatelas tú misma, Nedjeb.

—¿Yo?

—No sería la primera que por darme gusto....

—Sin duda, sin duda —respondió Nedjeb.—Sí, ya me he probado vuestros bonitos trajes.... e iba á pasearme á las azoteas.... corriendo riesgo de que me tomarán por vos, querida ama. ¡Estaba yo muy guapa!.... pero no, esto no debe ser así y hoy menos que nunca. Vamos, probaos estas bonitas babuchas.

—¿Tú lo quieres?

Y Amasia se apresuró á complacer el capricho de Nedjeb, que la calzó las babuchas, dignas de mostrarse al público en algún escaparate entre otros preciosos generos.

—¡Ah, y cómo se anda con eso! —exclamó la jóven zingara.—Vuestra cabeza, querida señorita; va á tener ahora envidia de vuestros pies.

—Me haces reír, Nedjeb —respondió Amasia— y sin embargo....

—¿Y esos brazos, esos bonitos brazos que lleváis completamente desnudos, qué os han hecho? El señor Ahmet no los ha olvidado. Yo veo allí unos brazaletes que les sentarán muy bien. ¡Pobres brazos, cómo se los trata! Felizmente estoy yo aquí.

Y soltando una carcajada Nedjeb, pasó á las muñecas de la jóven dos magníficos brazaletes, más relucientes sobre aquella blanca piel que sobre el terciopelo de su estuche.

Amasia la dejaba hacer. Todas aquellas alhajas le hablaban de Ahmet, y á través del incesante movimiento de Nedjeb, sus ojos, yendo de una á otra, le respondían en silencio.

—Querida Amasia!

Al oír aquella voz, la jóven se levantó precipitadamente.

Un jóven, cuyos veintidos años correspondían á los diez y seis de su futura, se hallaba cerca de ésta. Estatura más que regular, elegante figura, á la vez graciosa y arrogante; ojos negros, de gran languidez, y que, animados por la pasión, arrojaban vivos



Ahmet iba concienzudamente vestido á la turca.

destellos; negra cabellera, cuyos bucles temblaban bajo el *puckul* de seda que pendía del fez ó gorro encarnado que usan los turcos; finos bigotes á la moda albancesa, en fin, de porte muy aristocrático, si puede llamarse así, en un país en el que no siendo el nombre transmisible, no hay aristocracia hereditaria.

Ahmet iba concienzudamente vestido á la turca; ¿y podía ser de otra manera, siendo sobrino de un turco que se creía deshonrado al vestirse á la europea como un simple funcionario? Su chaquetilla bordada de oro, su cholvar, de un corte irreprochable, y sobrecargada de una pasamanería de buen gusto; su faja, que envolvía graciosamente su cintura; su gorrito rodeado

de un *saryk* de algodón Brousse, y sus botas de marroquí, componían un traje que le favorecía en alto grado.

Ahmet se aproximó á la jóven, y cogiéndola las manos, la obligó cariñosamente á sentarse, mientras que Nedjeb exclamaba:

—Señor Ahmet, ¿ha habido carta de Constantinopla?

—No—respondió Ahmet;—ni una sola de mi tío Keraban.

—¡Oh, villano!—exclamó la jóven zingara.

—Encuentro bastante inexplicable—repuso Ahmet—que el correo no haya traído ninguna carta de su

oficina. Hoy es el día en que por costumbre, y sin faltar nunca, arregla sus negocios con su banquero de Odessa, y vuestro padre no ha recibido carta alguna á ese sujeto.

—En efecto, mi querido Ahmet, que haga uso un negociante tan regular en sus asuntos como vuestro tío Keraban, es de extrañar. ¿Puede ser que por telégrafo?...

—¿Él telegrafiar? Querida Amasia, ya sabéis que él no se comunica por el telégrafo, ni viaja por el camino de hierro. ¡Utilizar estas invenciones modernas! Ni para sus relaciones comerciales. Yo creo que preferiría mejor recibir una mala noticia por una carta, que una buena por el telégrafo. ¡Ah! mi tío Keraban....

—¿Le habeis escrito, querido Ahmet?—preguntó la jóven, cuyas miradas se elevaron cariñosamente á su novio.

—Le ha escrito diez veces para apresurar su llegada á Odessa, y rogarle que lije un día más próximo para la celebracion de nuestro matrimonio. Le he repetido que era un tío muy bárbaro....

—Bien—exclamó Nedjeb.

—¡Un tío sin corazón, siendo el mejor de los hombres!....

—¡Oh!—dijo Nedjeb, moviendo la cabeza.

—¡Un tío sin entrañas, siendo un padre para su sobrino!.... Pero me ha respondido que siempre que llegue ántes de que pasen seis semanas, no se le puede pedir más.

—Será preciso aguardar su llegada, Ahmet.

—¡Aguardar, Amasia, aguardar!—respondió Ahmet. ¡Son tantos los días de felicidad que nos roba!

—Sin embargo se prende á los ladrones, sí, á los ladrones, que no han hecho quizás tanto daño—exclamó Nedjeb, golpeando el suelo con el pie.

—¿Qué queréis?—repuso Ahmet;—yo trataré de entretener á mi tío Keraban; si mañana no ha respondido á mi carta, parto para Constantinopla y....

—No, querido Ahmet—respondió Amasia, que cogió la mano del jóven como si quisiese retenerlo.—Yo sufriré tanto en vuestra ausencia que no gozaría con algunos días ganados para nuestro matrimonio. No, quedaros. ¡Quién sabe si alguna circunstancia cambiará las ideas de vuestro tío!

—¡Cambiar las ideas de mi tío Keraban!—respondió Ahmet.—Más fácil sería cambiar el curso de los astros, colocar la luna en donde está el sol, modificar las leyes del cielo.

—¡Ah! si yo fuese su sobrina—dijo Nedjeb.

—¿Y qué harías tú si fueses su sobrina?—preguntó Ahmet.

—Yo.... iría y le cogería tan bien de su *cafetán*—respondió la jóven zingara—¡pue....

—Que se lo romperías, y nada más.

—Bien, pero le cogería tan vigorosamente por su barba....

—Que te quedarías con ella entre las manos.

—Y sin embargo—dijo Amasia—el señor Keraban es el mejor de los hombres.

—Sin duda—respondió Ahmet—pero tan testarudo, que si luchárais en terquedad con un toulo, no sería yo quien apostara por este último.

IX.

EN EL QUE FALTA MUY POCO PARA QUE EL CAPITAN YARBUD CONSIDERE SU PLAN.

En aquel momento, uno de los sirvientes de la habitación (el que, según las costumbres otomanas, está únicamente destinado á anunciar las visitas) apareció en una de las puertas laterales de la galería.

—Señor Ahmet—dijo—un extranjero que está ahí desea hablar con vos.

—¿Quién es?—preguntó Ahmet.

—Un capitán maltés. Insiste tenazmente en que le recibáis.

—Sea. Ya voy....—respondió Ahmet.

—¡Ah! querido Ahmet—dijo Amasia—recibid á ese capitán aquí si no tenéis que decirle nada de particular.

—Sí, será el que dirige esa encantadora embarcación—observó Nedjeb, mostrando el pequeño bano anclado á corta distancia de la morada de Selim.

—Puede ser—respondió Ahmet.—Hacedle entrar. El criado se retiró, y un momento despues, el extranjero se presentaba en la puerta de la galería.

En efecto, era el capitán Yarbud, comandante de la *Guidare*, rápida embarcación, de unas cien toneladas, tan propia para el cabotaje del mar Negro como para la navegación en las escalas de Levante.

A pesar suyo, Yarbud había experimentado alguna tardanza ántes de haber podido anclar al lado de la posesión del banquero Selim. Sin perder una hora, despues de la conversacion con Scarpante, intendente del señor Saffar, había marchado de Constantinopla á Odessa por los ferro-carriles de la Bulgaria y de la Rumanía. Yarbud se adelantaba así muchos días á la llegada del señor Keraban, que en su lentitud de antiguo turco, no marchaba más que de quince á diez y seis leguas cada veinticuatro horas; pero en Odessa encontró un temporal tan malo, que no se atrevió á sacar el *Guidare* del puerto, y tuvo que aguardar á que el viento del Nordeste hubiese curtido un poco la tierra de Europa. Hasta aquella mañana, su embarcación no pudo anclar á la vista de la posesion.

Así, pues, esta tardanza, que no le daba más que algunos días de adelanto sobre el señor Keraban, podía serle muy perjudicial á sus proyectos.

Yarbud debía obrar sin perder un día. Su plan estaba marcado: la astucia primeramente, y si quedaba frustrado por la astucia, por la fuerza; pero era necesario que el *Guidare* dejase aquella misma tarde la rada de Odessa, con Amasia á bordo. Antes que se diese la señal de alarma y que pudiesen perseguirla, la embarcación estaría fuera de alcance, merced á las brisas del noroeste.

Los raptos de este género todavía se ejecutan con frecuencia, y mucho más en los diversos puntos del litoral. Si son frecuentes en las aguas turcas, no son menos de temer en los alrededores de los parajes de la Anatolia, en los territorios que están bajo el mando de la autoridad moscovita. Huce apenas algunos años que Odessa había pasado por una serie de raptos cuyos autores no han sido conocidos. Muchas jóvenes pertenecientes á la sociedad más elevada de Odessa

desaparecieron, y lo único que se aseguraba era que habían sido trasportadas á bordo de diferentes buques destinados al odioso comercio de esclavos con destino á los mercados del Asia Menor.

Así, pues, lo que otros miserables habían hecho en aquella capital de la Rusia meridional, Yarbud contaba efectuarlo en provecho del señor Saffar. No era ésta la primera vez que la *Guidare* se dedicaba á este

género de tráfico, y su capitán no hubiese cedido por un 10 por 100 de pérdida las ganancias que esperaba sacar de aquella «comercial» empresa.

Hé aquí cuál era el plan de Yarbud: atraer á la jóven á bordo de la *Guidare*, bajo pretexto de enseñarla ó venderla algunas telas preciosas, compradas para el caso en las principales fábricas del litoral. Probablemente, Ahmet acompañaría á Amasia en su



Si será el que dirige esa encantadora embarcación.

primera visita; pero tal vez volviere sola con Nedjeb. ¿No sería posible hacerse á la mar ántes que pudiesen socorrerlas? Si, por el contrario, Amasia no se dejaba someter por los ofrecimientos de Yarbud, si rehusaba ir á bordo, el capitán maltés trataría de robarla á viva fuerza. La habitación del banquero Selim se hallaba aislada en una pequeña ensenada, en el fondeo de la bahía, y sus gentes no estaban en disposición de resistir á la tripulación del barco. Pero en este caso habría lucha, y no se tardaría en saber en qué condiciones se había efectuado el rapto. Por lo tanto, en interés de los raptos era mejor ejecutarlo sin ruido.

—¿El señor Ahmet?—dijo, presentándose, el ca-

pitán Yarbud, acompañado de uno de sus marineros, que llevaba en sus brazos algunas piezas de telas.

—Yo soy—respondió Ahmet.—¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Al capitán Yarbud, al mando de la embarcación *Guidare*, anclada delante de la habitación del banquero Selim.

—¿Y qué queréis?

—Señor Ahmet—respondió Yarbud—yo he oído hablar de vuestro próximo matrimonio.....

—Habéis oído hablar, capitán, de lo que más me alegra el corazón.

—Lo comprendo, señor Ahmet—respondió Ya-

rhud, mirando á Amasia.—Así, pues, he tenido el pensamiento de venir á poner á vuestra disposición todas las riquezas que contiene mi barco.

—¡Ah, capitán Yárhud, no habéis tenido mucha idea!—respondió Ahmet.

—Mi querido Ahmet, en verdad, ¿qué es lo que me falta?—dijo la jóven Amasia.

—¿Quién sabe?—respondió Ahmet;—estos capitanes orientales tienen á menudo colecciones de objetos muy preciosos, y es necesario verlos....

—Sí, es necesario verlos y comprarlos—exclamó Nedjeb—para arriar al señor Keruban en castigo de su tardanza.

—¿Y de qué objetos se compone vuestro cargamento, capitán?—preguntó Ahmet.

—De telas muy ricas, que yo he ido á buscar á donde se producen—respondió Yárhud—y en las que comercio generalmente.

—Será necesario mostrárselas á estas jóvenes. Las conocen mucho mejor que yo, y sería feliz, querida Amasia, si el capitán de la *Guidare* tuviese en su cargamento algunas telas que os gustasen.

—No hay duda—respondió Yárhud—y por otra parte, yo he tenido cuidado de traer diferentes muestras, las cuales yo os ruego examínéis antes de ir á bordo.

—Veamos, veamos—exclamó Nedjeb;—pero os prevengo, capitán, que por muy bellas que sean esas cosas, mucho más se merece mi señorita.

—Así es—respondió Ahmet.

A una señal de Yárhud, el marinero desenvolvió muchas muestras, que el capitán de la *Guidare* presentó á la jóven.

—Hé aquí sedas de Bruzza, bordadas de plata—dijo—que acaban de presentarse en los bazares de Constantinopla.

—Es un bonito trabajo—respondió Amasia—mirando aquellas telas, que entre los ágiles dedos de Nedjeb relumbaban como si estuviesen salpicadas de luminosos rayos.

—Mirad, mirad!—repetía la jóven zingara;—no las hubiéramos encontrado mejor en las tiendas de Odessa.

—Verdaderamente, esto parece haber sido fabricado expresamente para vos, mi querida Amasia—dijo Ahmet.

—Os ruego—repuso Yárhud—que examínéis detenidamente estas muselinas de Scutari y de Tornovo. También podréis juzgar, sobre esta muestra, la perfección de su trabajo; pero á bordo es donde, por la variedad de dibujos y el vivo color de estos tejidos, podréis admirar mucho mejor mis mercancías.

—Bien; siguiendo vuestras deseos, capitán, iremos á visitar á la *Guidare*—exclamó Nedjeb.

—Y no lo sentiréis;—repuso Yárhud—permitidme primero enseñaros otros artículos. Aquí tenéis un brocado de diamantes, camisas de seda rizada en listas diáfanas, tejidos para fredjés, muselinas para iachmaks, chales de Persia para cinturones, tafetanes para pantalones....

Amasia no cesaba de admirar aquellas magníficas telas, que parecían cambiar de color en las manos del

capitán maltés. Si era tan buen marino como comerciante, la *Guidare* debía estar acostumbrada á frecuentes navegaciones. Cualquiera mujer (sin exceptuar las turcas) se habría admirado á la vista de aquellos tejidos, producto de las mejores fábricas de Oriente.

Ahmet vio con gusto la admiración de la jóven. Verdaderamente como lo había dicho Nedjeb, ni los bazares de Odessa, ni los de Constantinopla (y ni aun los de *Ladovico*, célebre comerciante armenio) no hubiesen ofrecido unos géneros tan escogidos.

—Querida Amasia—dijo Ahmet—¿supongo que no querréis que este bravo capitán se haya molestado para nada? Puesto que os enseña tan bellas telas, y puesto que su barco las encierra más bellas todavía, írémos á visitarle.

—¡Sí, sí!—exclamó Nedjeb, que no podía estar en su sitio, y corría hácia el mar.

—Encontráremos también—añadió Ahmet—alguna sederita que guste á esta loca de Nedjeb.

—¡Eh! ¿no cree V. necesario que haga honor á mi señora—respondió Nedjeb—el día en que contraiga matrimonio con un señor tan generoso como el señor Ahmet?

—¡Y sobre todo, tan bueno!—añadió la jóven, tendiendo las manos á su desposado.

—Queda convenido, capitán—dijo Ahmet.—Nos recibireis á bordo de vuestra *Guidare*.

—¿A qué hora?—preguntó Yárhud;—porque quiero estar allí para enseñaros todas mis riquezas.

—Pues bien.... á mediodía.

—¿Por qué no ahora?—exclamó Nedjeb.

—¡Oh, impaciente!—respondió riendo Amasia.—Tiene ella más prisa que yo por visitar ese bazar flotante. Ya se conocé que Ahmet la ha prometido algún regalo, que la hará ser más coqueta de lo que es.

—¡Coqueta!—exclamó Nedjeb con cariñosa voz;—coqueta para vos, mi querida señora!

—En vuestra mano está, señor Ahmet—repuso Yárhud—el venir á visitar ahora mismo á la *Guidare*. Puedo hacer que traigan mi bote, y en breves instantes os habrá trasladado á bordo.

—Hacedlo, pues, capitán—respondió Ahmet.

—¡Sí, sí.... á bordo!—exclamó Nedjeb.

—A bordo, puesto que Nedjeb lo quiere—añadió Amasia.

El capitán Yárhud ordenó á su marinero que envolviese las muestras que había traído. Mientras esto hacía, se dirigió hácia la balaustrada, al extremo de la terraza, y lanzó un grito de llamada.

Se observó desde luego algún movimiento sobre el puente de la embarcación. El bote, izado sobre los pistóletes de bahor, fué lentamente botado al mar; despues de cinco minutos, una embarcación esbelta y ligera, bajo los impulsos de cuatro remos, venía á atracar en los primeros escalones de la terraza.

El capitán Yárhud hizo una seña al Sr. Ahmet, diciendo que el bote estaba á su disposición.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

No es el femenino mucho más complicado, al menos el que usan para diario. Una falda de lana ordinaria, hilada y tejida en casa, casi siempre de azul oscuro, con una camisa blanca de algodón, y algunas veces una banda gris del mismo estilo del rebaso, de lo más barato, constituye el vestido de las mujeres indias en Méjico.

Cuando llevan algo en la cabeza, suelen ponerse un sombrero enteramente de la misma forma que el de su marido, pero generalmente van sin nada, con su hermoso pelo negro separado en dos trenzas que dejan caer sobre sus espaldas, sin que les falte nunca un pedazo de cinta encarnada al final de ellas.

Claro es que siendo este el traje común de ellas, hay excepciones entre los diferentes rangos y clases de las indias mejicanas.

Una de éstas, llamada raza superior, tienen entre ellas los mismos privilegios que podrían disfrutar entre los ingleses si tuviesen un lugar en los libros de Sir Bernard Burke.

Entre esta clase es donde suelen encontrarse las hermosas indias que citan los viajeros, cuyos trajes, aunque también sencillos, son sin embargo del mejor gusto.

En su mayor parte han adoptado el modo de vestir de sus hermanas blancas, particularmente las de la especialidad llamada *possema*, que usan las faldas con bandas y las camisas bordadas. Pero se ponen encima el *huipile*, una especie de manto que las sienta muy bien sobre sus vestidos, y otras veces un pañuelo blanco en la cabeza, cuyas puntas les caen por detrás, completando estos ligeros adornos su sencillo traje. El más precioso de todos para mí, puesto que sería el que llevase, si iba, la que yo con tanto afán buscaba.

Había, sí, muchos indios que habían aprovechado aquella partida de placer, y que, sentados bajo la sombra de los *patates*, ponderaban sus mercancías en altas voces proclamando su baratura y buena clase. Pero había otros en la fiesta, que no hacían más que mirar, vestidos con toda gala, y entre éstos era donde yo buscaba mi descanso.

Todo era inútil.

¡La que yo con tanto afán deseaba encontrar no estaba allí!

En el momento en que yo concluía mi visita de inspección, y cuando ya había buscado por todas partes, empezaron las diversiones de la fiesta, las cuales consistían, como era natural, en las que generalmente usaban las gentes del país, y, por lo tanto,

de un género enteramente nacional. Correr novillos cogidos por la cola. Tirar gallos haciendo al mismo tiempo ingeniosos ejercicios de equitación, algunos de los cuales eran verdaderamente asombrosos. Por ejemplo, un hombre a caballo, y éste al galope, se bajaba y cogía en un sitio exacto una moneda sin detenerse, por supuesto, en su carrera. La moneda era la recompensa de su habilidad. Como yo había visto ya todo esto, no me divertía mayormente; pero confieso que había otra razón para que todo me pareciese desprovisto de interés. Volví otra vez á buscar por todas partes, especialmente entre los grupos de indias jóvenes, aun cuando sin atreverme á fijarme demasiado, ni habría tampoco necesidad de esto, porque si la que yo buscaba hubiese estado allí, se hubiera destacado entre todas como la luna entre las estrellas.

CAPÍTULO XX.

ALLEGÓ LA ÚLTIMA.

Me habían dejado solo, mi amigo Moreno me había olvidado pareciéndole, sin duda, el metal más atractivo su prima Marianita; y como la otra unión parecía también progresar, apenas vi á Crittenden en toda la tarde.

Parecía, pues, que mi única diversion allí iba á ser *buscar*, no muy interesante por cierto en semejante fiesta. Mi compañía parecía *de trop* por cualquier parte que fuese; y como había empezado la tarde pasando, continué *mon rol* de caballero paseante. No parecía que la Noche-Buena se presentaba muy alegre para mí, ¡y esto después de haber creído pasarla tan bien! Nada podía esperar de la gran cena, porque aun cuando la bella hubiese estado allí, no hubiera tomado parte en esta clase de diversion, reservada únicamente á los amigos íntimos de la casa, cuyo círculo no era el de su clase.

Continuaba más solitarios paseos haciendo lo que podía por encontrar algo en que divertirme; y mirando por recurso los juegos que hacían en aquel momento, cuando una voz dulce y celestial me dijo al oído:

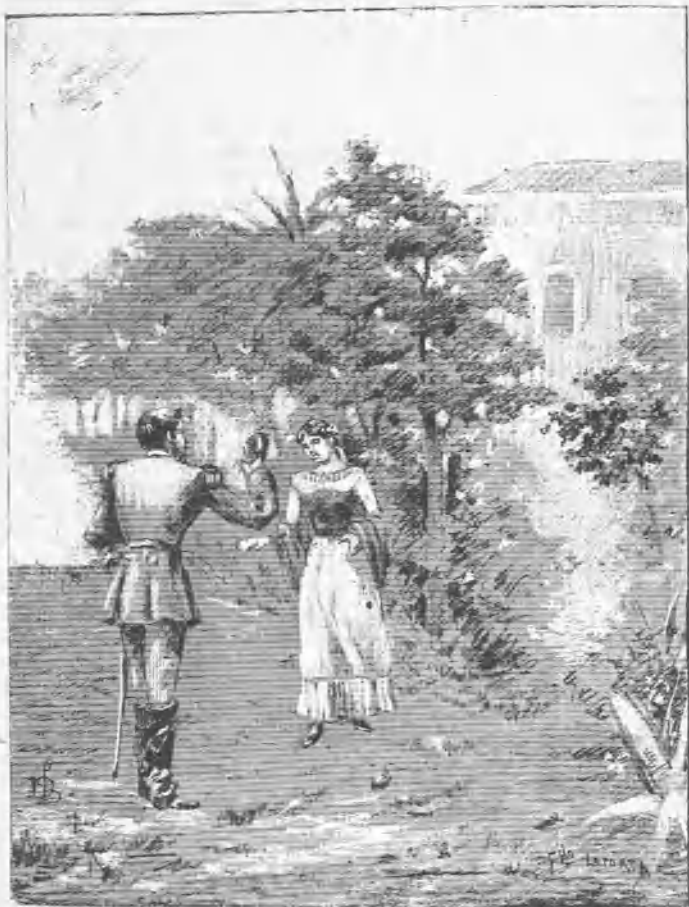
—Está V. muy pensativo, señor Capitán; parece que nuestras diversiones campestres tienen poco atractivo para V.

Al fin parecía que alguien se compadecía de mí, y volviéndome vi que era D.^a Ignacia. Yo me quedé parado como si me hubiesen sorprendido cometiendo algún crimen. Había algo en sus palabras y en su tono

que me dejaba suponer había adivinado el motivo de mi mal disimulado fastidio. Estaba sola, habiéndose, al fin, separado del que había monopolizado su compañía la mayor parte del tiempo desde que nos habíamos levantado de la mesa. Noté que estaba algo sofocada, lo que la hacía más bella todavía. Era indudablemente una hermosa mujer, aunque ya había pasado su

primera juventud. Un verdadero tipo de la gracia andaluza, como hubiera deseado un pintor encontrar para modelo.

Si mi corazón no hubiera estado tan lleno por otro cariño, tal vez aquel encuentro me hubiese sido muy grato, y aun hubiera podido hacerme la ilusión de que no había sido enteramente casual.



Está V. muy pensativo, señor capitán.

En aquella ocasión sólo me produjo una pequeña contrariedad, y hubiera deseado que hubiese seguido con su enamorado dragon, del cual, sin duda, se había separado compadeciendo mi soledad.

Todas estas reflexiones fueron muy rápidas, y pude contestar en seguida:

—Al contrario, señorita, son muy de mi gusto; las hay, en verdad, que ofrecen el mayor interés; pero como las conozco ya casi todas...

—Claro es, preferiría V. ver otra cosa—dijo interrumpiéndome—ó más bien á alguien que haya usted visto ya otras veces, y que más feliz que los juegos,

desea V., sin embargo, volver á ver. ¿No he acertado?

Si al principio estaba confuso, ahora lo estaba doblemente, hasta el punto de no saber absolutamente qué decir. Esta mujer, que apenas me conocía, parecía comprender perfectamente que yo buscaba algo, y así era sin duda, porque sin dejarme tiempo para contestar, continuó:

—No hace falta que me conteste V., conozco su secreto, y tal vez pueda proporcionar á V. un gran placer diciéndole que no hay motivo para desanimarse todavía. *Ella* vendrá tarde ó temprano. Esa le-

pero no falta nunca donde crees que ha de ser admirada; mucho más si se baila.

Al oír estas palabras mi sorpresa fué aún mayor. El movimiento de cabeza, el gesto despreciativo de su labio superior, adornado de un ligero bigote (porque Ignacia tenía este signo viril, como otras muchas señoras españolas, considerado por algunos como una belleza), todo parecía combinado para dejarme enteramente sorprendido. No me cabía duda que se refería á ella; puesto que claramente la había designado con el despreciativo nombre de *le-pera*, no podía ser otra sino la bella india. ¡Coincidencia extraña! Antes que tuviese tiempo de contestar al discurso que tanto me había disgustado, oí á mi lado una voz que exclamaba:

— Mira, La Reina de los Lagos!

Era ella, que con su hermano al lado entraba en aquel momento en el terreno cerrado donde tenían lugar los juegos. Llevaba un traje de gala, de la clase especial que usan las *poblanas*, la enagua ó falda corta, adornada con encajes en su parte inferior, medias de seda y zapatos de satén; camisa blanca como la nieve, de finísimo lienzo, sujeta en los hombros con franjas como las de la falda, y sobre está un vestido ancho y suelto, el más característico de su raza, el *hoipile*, de una tela india, especie de seda chinesca, de color claro, algunas flores semejantes á las del maraño, que ellos llaman *blumerias*, arregladas con gusto en su negrísimo pelo recogido en el centro de su cabeza. Por cima de estas flores llevaba una banda de crespon doblada, y cuyas puntas cruzaban al rededor de su frente y caían por detrás con el ligero peso de la franja de plata que había en su borde. Pendientes de oro y collar de coral en su hermoso cuello, seguido de perfectas formas que hacían recordar la *contadina* italiana, á cuyo parecido contribuía su color moreno y el carmín de sus mejillas. Conforme se iba acercando á la gente, sin timidez, sin descaro, sino con ese aire despreocupado y particular de las indias americanas, todos los ojos se volvían hacia ella. Nadie allí podía haberla negado el derecho de ser conocida, cuando ménos por uno de sus tres nombres, el *bella chinampera*.

¡Llamar á una criatura como aquella con el despreciativo nombre de *le-pera*, era un error imperdonable!

Mientras yo hacía mentalmente estas consideraciones, para mí de la mayor importancia, que no debieron ocuparme más de dos segundos, había casi olvidado la gran señora que así había hablado de ella, en verdad, no con las mejores maneras para mi gusto. Volví la cabeza para contestarla, y vi con sorpresa que ya no estaba á mi lado.

CAPÍTULO XXI.

HACIENDO DE ESPAÑA.

Dofia Ignacia se había ido, en efecto, dejándome solo. Vi que se volvía con quien estaba ántes de venir á buscarme; pensé seguirla y excusarme lo mejor que pudiera, pero observé algo que ponía las cosas en peor estado.

Aunque la veía por la espalda noté por su aire que estaba enfadada, había un no sé qué en su modo de andar, que parecía decir: ¡El miserable, podría aplastarle bajo mis pies y tendría un placer en hacerlo así! Al ménos había comprendido algo que merecía saberse, eso estaba claro; tanto, que me costaría mucho hacer desaparecer el enfado de la señorita de Covarrubio. No creía conseguirlo al ménos aquel día, y tal vez ningún otro. En otra ocasión me hubiera sido más sensible esta desgracia, pero en aquel momento no me causó gran impresión.

A decir verdad, me había disgustado más con sus burlas al hablar de la india, y ahora que se había ido me puse á pensar qué motivo podía tener para expresarse en términos tan impropios, segun mi opinión, en una señorita de su clase y posición.

Entre los mejicanos, *le-pera* es sinónimo de canalla, y esta palabra, en boca de una señora y dicha con el tono que ella usó al pronunciarla, tenía una significación muy marcada.

Aun hubiera podido excusarse creyéndola enamorada de mí, pero era imposible semejante suposición, puesto que hasta entonces apenas había yo cambiado con Ignacia una docena de palabras.

Si en mi lugar hubiera estado Crittenden aun hubiera sido esto más posible, puesto que había estado á su lado casi toda la tarde y hablándola, además, del modo más expresivo.

¡Por qué se habría disgustado de aquel modo!

Después de todo, no era tan difícil de adivinar. Podía explicarse muy bien por el orgullo de sangre y raza.

La *sangre azul* se revelaba á la idea de verse, si quiera fuese por tan poco tiempo y en circunstancias dadas, confundida con la de aquella despreciable raza.

Se me ocurrió que Moreno, que había penetrado mi secreto, se lo habría comunicado á sus primos.

De aquí, sin duda, el enfado de D.^a Ignacia, no por celos, que no podían existir, sino sencillamente por orgullo de nobleza.

Lo peor es que yo había cometido una falta que en buena sociedad no se perdona fácilmente, porqué á decir verdad, había permanecido demasiado tiempo volviéndole la espalda para mirar á la *bella*.

Por lo demás, poco me importaba lo que pudieran pensar de mi admiración por la jóven india.

Era demasiado sincera y verdadera; mi corazón había tomado una parte muy importante en esta simpatía para que pudiese ya fijarme en las consecuencias, y mucho ménos en lo que el caprichoso mundo pudiera criticar.

En aquel momento no me hacía gran falta la presencia de la gran señora, y más bien me hubiese gustado librarme de ella, si esto no hubiera sucedido de una manera tan violenta, que no podía ménos de sentir, y que tal vez sentiría más en otra ocasión.

Era inútil permanecer allí pensando en el *finis pax* que había hecho; no estaba de ese humor.

Había visto allí algo que me haría pronto olvidar aquel contratiempo. Había formado un propósito que me decidí á poner en ejecución, por más que no tu-

viere nada de noble ni de nuevo. Pensaba espiar á la chinampera; y si alguna vez puede perdonarse semejante conducta, preciso es confesar que era perdonable la mía. Sentía que mi corazón la amaba con delirio, no cabía ya la menor duda, necesitaba saber si era digna de mi cariño, quería convenirme por mí mismo de su conducta en la fiesta para saber á qué atenerme en adelante. Nadie podía decirme la verdad de un modo tan seguro como yo deseaba. No me atrevía á preguntar al capitán Moreno, ni sería fácil que él pudiera decirme todo lo que yo quería averiguar. Lo único que él sabía de ella era lo que le habían dicho sus primas; y como yo acababa de oír la opinión de estas señoritas, no era muy favorable para mi pobre chinampera.

— Esa *le-perr* nunca deja de presentarse donde creo que puede ser admirada, y mucho ménos donde se baila.

¡Qué amargas habían sido para mí aquellas palabras! ¿Se la acusaba de frívola y vana, y aun se dejaba sospechar algo peor! Habían conseguido, en efecto, traer de nuevo á mi pensamiento las ideas que tanto me mortificaron oyendo los ofrecimientos del *Pelado* y las murmuraciones del coronel Espinosa. Y, sin embargo, nunca había visto nada que confirmase semejantes suposiciones.

Ahora se presentaba una ocasión de salir de dudas, y estaba resuelto á no desperdiciarla. No había preparado ningún plan, ni había pensado hasta aquel momento en semejante recurso. Después de todo, no se trataba más que de observar la conducta de la joven durante lo que restaba de tarde y noche. Empecé por colocarme en una especie de emboscada, donde no era fácil que ella me viese. Ni siquiera sabría que yo había ido á la fiesta, á no ser que se fijase en la circunstancia de encontrarse entre la gente algunos de mis soldados, bien diferentes á los que ella veía generalmente. Podía haber reconocido los uniformes, pero eso no quería decir que yo fuese precisamente su oficial. Podía ser el dragon buen mozo, como solían llamar á Crittenden, que tenía más de seis pies de estatura. Era más visible que yo, y se hubiera fijado más en él; pero nos había visto juntos en la chinampera, y podía suponer que estábamos var que por todas partes que pasaba la chinampera (que acompañada de su hermano daba vueltas por toda la pradera), era tratada con el mayor respeto y cortesía, no solamente por el pueblo, sino por los hombres de más elevada clase. Rancheros, arrieros, todos se quitaban los sombreros al verla, mientras que los ricos, no ménos atentos ni respetuosos, la saludaban al pasar. Algunos de los jóvenes más elegantes demostraban deseo de entablar conversacion con ella, pero eran rechazados con amabilidad y sin coquetería. Los que más la aten-

dian eran los de su misma raza, que al pasar la bella chinampera se descubrían la cabeza y se inclinaban con una deferencia que rayaba en humillacion; parecían estar orgullosos de ella, como si representase el bello tipo de su país.

Al verlos saludarla de aquel modo, parecia más identificarse más con su nombre de Reina, porque, en efecto, la hacian la clase de homenajes que suelen ofrecerse á los reyes destronados, pero queridos aun de su pueblo. Todos sabian, en verdad, que por sus venas corría la sangre real de Tonochtitlan, que era una princesa, y que la llamaban la Reina de los Lagos. ¿Necesito decir si estaba satisfecha de mis observaciones? Todavía pude ver algo que me gustó mucho más. Conforme iba paseando pasé por frente á un grupo de hombres que estaban delante de uno de los pabellones bebiendo anísola ó brandy. Regularmente seria esto último, porque vestían el uniforme de mi regimiento. Se paró al verlos, y en lugar de mirar fijamente á los soldados, empezó á mirar alrededor como buscando á otro que no veía, mirando más y más en todas direcciones.

¡Cómo late mi corazón dentro del pecho, al pensar que aquella mirada inquisidora me buscaba, que era toda para mí!

CAPÍTULO XXII.

INTERMEDIO DESAGRADABLE.

Imprimiendo su último beso en la novada cima de la Mujer blanca, teñida de rosa como si se avergonzase de semejante atrevimiento, el sol se escondia detras de las cordilleras de Poniente, cuyos picos se vieron pronto iluminados por las mezcladas y precisas tintas del crepúsculo. El intervalo entre el día y la noche es muy corto en aquellas alturas, y sólo dá tiempo para preparar las luces y encenderlas. En cuanto á las diversiones al aire libre, no necesitaban más luz que la que con tanta profusion separaba la luna en aquella época del mes. Muy rara vez se la ve cubierta por las nubes, y es tan clara y tan hermosa que convierte la noche en día.

En aquella noche, sin embargo, como el baile se debia de un pabellon, las luces eran indispensables, y se habian colocado todo alrededor candelabros con velas de cera para que estuviese convenientemente alumbrado. Durante los cortos momentos del crepúsculo, los juegos se interrumpieron. Los convidados de *bon ton* fueron llevados dentro de la casa para tomar champagne y otros ligeros refuerzos, mientras que entre las demás clases se repartia anísola á guisa de catalán. Por mi parte habian preferido que darme fuera; pero Moreno se habia apoderado de mí, y no pude evitar el seguirle. Temia que me pudiese frente á frente con Ignacio después de nuestra última y desagradable entrevista. Felizmente, al entrar en el comedor donde se servian los vinos, ví que no habia más que hambres y supe que las señoras se habian retirado á sus habitaciones á vestirse para el baile.

— A propósito, caballero— me dijo mientras estábamos de pie con nuestras copas en la mano; — ¡Pud-

ere que mi prima Ignacia y V. no marchan muy bien, y que deja V. libre el campo á su amigo el alférez. Preciso es confesar que es una criatura encantadora.

—Nadie puede decir lo contrario.

—Justamente la mujer que yo hubiera creído capaz de entusiasmar á V. ¿No le parece á V. que ha catequizado por completo al dragon?—añadió con una carcajada.

—Catequizado y erio yo que asegurado para toda la vida, si ella lo desea.

—¡Ah! yo no creo que ella desee tal cosa. Quizás—continuó mirándose de un modo particular—si hubiera conquistado á otro hubiera consentido más pronto en unir su vida á la suya.

—Será muy dichoso el que tal consiga.

—Tiene V. razon; aunque sea mi prima, debo confesar que no conozco mujer más hermosa en Méjico, excepto una.

Yo si conocia una, aunque no era la misma á quien él se referia.

—Quién es ella—continuó—no necesito decirlo, ni puedo hacer de ello un secreto despues de lo que usted ha visto hoy aqui; es preferible hablar con toda franqueza y decir á V. que mi otra prima y yo nos queremos entrañablemente. Conque en ésa no hay que pensar—dijo, terminando su discurso con una risa de felicidad que hubiera dado envidia al ménos envidioso.

—No tenga V. miedo; despues de lo que he visto hoy, como V. ha dicho con mucha razon, no hay hombre en Méjico ni en el mundo entero que pueda tener la más remota esperanza al lado de Mariquita de Covarrubio, como no sea D. Rafael Moreno.

—¡Bravo! Muy bien dicho; muchas gracias. Pero aunque para mi gusto es la más hermosa de las dos, yo sé que á V. le gusta más Ignacia.

—¡De véras!

—Si, por más que diga V. lo contrario, porque no corresponde con lo que yo he oido decir á V. en otra ocasion.

En verdad, aunque no podia imaginar como lo sabia. Recordaba haber dicho á alguno de mis compañeros, al referirle el suceso del teatro, que de las dos jóvenes del palco, la más alta era, sin duda, la más bonita, y así lo seguia creyendo. Pero era inútil decir esto ahora despues de haberle asegurado lo contrario hacia una hora. En las circunstancias presentes un engaño era inexorable.

—Es posible—le contesté;—pero como V. sabe, no habia tenido oportunidad de poder juzgarlas con detenion.

—Y ahora que la tiene V., su opinion de V. no ha cambiado. Vamos, amigo mio, confiéscelo V.

Todo esto era muy fastidioso, y yo hubiera cortado la conversacion con mucho gusto; pero él, por alguna razon que no podia adivinar, parecia desear continuarla.

—No puedo confesar tal cosa—dije evasivamente;—podria no ser verdad.

—Pero podria serlo, y espero que lo es. A mi prima Ignacia le gustó mucho que le hagan la corte, es su

defecto, y como es la mayor y se supone la dueña de la casa, y á propósito, ella fué quien me autorizó para invitar á V., me gustaria lisonjear un poco su vanidad diéndola que V. la prefiera.

—Yo creia que habia V. dicho que la otra era la más coqueta.

—¡Ah! eso era una chanza.

—Si lo fuese.... no necesito decir á V. lo que haria. Pero veo que no quiere V. decir lo que piensa de Ignacia, ni de un modo ni de otro, y creo que adivino la razon que V. tiene para ello. He visto álguien, una criatura hermosa por cierto, pasear por entre la gente, y he visto tambien unos ojos clavados en ella toda la tarde, con tal firmeza que les era imposible ver nada más que aquella preciosa cara. ¡Eh! ¡eh! ¡eh!

—Vaya, capitán Moreno, le suplico á V. que no me dé más broma por ese lado. Todo ello es completa ilusion de V.

—¡De V. más bien! Como V. quiera, amigo mio, usted hará lo que guste; yo hubiera deseado otra cosa, pero tengo contra mí aquel proverbio que dice: «Un hombre puede llevar un caballo al agua, pero nadie no pueden obligarle á beber.»

En aquel momento, con gran alegría por mi parte, vi venir al jóven Covarrubio muy apresurado á decirnos que se iba á empezar el baile, y como don Rafael era uno de los principales directores de esta diversion, hacia falta en el pabellon para arreglar ciertos preliminares.

—Allí nos veremos—dijo, marchándose apresuradamente—donde tendré mucho gusto en presentar á usted todas las señoras con quienes piense V. bailar. Aunque, si no me equivoco—añadió volviendo á su risa maliciosa—no necesita V. más que una para toda la noche. Hasta luego.

Y diciendo esto se fué, dejándome bastante en qué pensar.

CAPÍTULO XXIII.

VALSANDO CON UNA HADA.

No eran aquellos momentos los más á propósito para reflexiones serias, y sin embargo, no podia ménos de pensar en todo lo que mi amigo acababa de decirme, bien extraño por cierto.

Parecia muy claro que el capitán Moreno descaba que yo entrase á formar parte de la familia, casi lo habia dicho así. Pero ¿por qué? Esto era lo incomprendible. Si bien me sentia lisonjead, no podia encontrar el motivo. Despues de todo podia ser este deseo hijo únicamente de nuestra buena amistad, que, como ya he dicho antes, habia llegado á un grado nada comun, parte por simpatias en nuestros gustos, parte por mútua estimacion, y quizá tambien por la extraña base en que se habia fundado. O quizá todo su discurso no tenia más objeto que chancarse conmigo, cosa que le distraia mucho. Cualquiera que fuese el objeto, yo no lo comprendia, ni quise pensar más en ello.

Habia otra cosa que me interesaba más, y dejando oír copa vacía sobre una mesa, salí de la sala. Todo allí habia cambiado como en una eleccion de tea-

tro. Las lámparas estaban encendidas, el gran dase del centro había desaparecido y en su sitio se veían infinidad de grupos moviéndose en todas direcciones.

El baile no había empezado todavía, pero la afinación de las arpas, violines y guitarras indicaban que empezaría pronto. No se esperaba más que á las señoras de *l'élite*. Al fin hicieron su brillante aparición; se arreglaron las parejas, se formaron las figuras, sonaron los primeros acordes, y todos se pusieron en movimiento como por un resorte.

Quizás no haya en el mundo un país donde las clases estén separadas tan ligeramente como en Méjico. Aun en la fraternal república de los Estados-Unidos reina un cierto exclusivismo que marca muchos grados en la escala social, herencia sin duda de su madre Inglaterra y que no ha hecho desaparecer un siglo de democracia. Todo esto ha sido suprimido hace tiempo por los volubles mejicanos, como por otros Estados americanos españoles, donde puede verse el mozo de milans bailando con la hija de su hacendado, el más bajo de los criados paseando al lado de su amo, fumando y bebiendo, hasta sentado á su lado, y muchas veces jugando en la misma mesa de cartas ó dados. En la del monte todos los mejicanos son enteramente iguales, como sucede en los bailes públicos llamados *fandangos*. Sabiendo esto por experiencia no me chocó nada ver que bailaban mezcladas en la pradera todas las clases sin distinción. Con la mayor franqueza y soltura se acercaban los rancheros á las grandes señoritas, vestidas de satén y adornadas de preciosas joyas, y las suplicaban les hicieran el honor de bailar con ellos. Más confuso y cortado me sentía yo cuando, despues de buscar y encontrar á la jóven india, me incliné hacia ella y la dije:

— Señorita, ¿se acuerda V. de mí?

Su mirada me hizo más feliz aún que sus palabras, al contestarme:

— ¡Acorrlame de V., caballero! ¿qué pregunta! ¡Ay Dios! siempre me acordaré.

— Es V. muy amable al decirlo, y tengo mucho gusto en que así sea.

— ¿Cómo puede olvidar á V., á V. que fué mi salvador? Si no hubiera sido por V.....

— ¡Oh! no hable V. más de esa friolera; lo único que yo siento es que eso haya impedido á V. volver á la ciudad. Pero tal vez V. no lo desee.

Yo hice esta observación en tono interrogativo mirándola fijamente y esperando con ansiedad su respuesta.

— Sí que lo desee, y mucho; está mi casa tan sola y tan triste algunas veces.....

— ¡Cómo! ¡triste con aquella hermosa cotorra que la llama á V. continuamente!

— Lorita es una pobre compañía—me contestó riendo.

— En eso no estoy conforme; yo desearia poder tener esa compañía toda mi vida.

Me miró con un asombro mezclado de curiosidad.

— Si tanto le gusta á V. puede V. tenerla; mi hermano se la llevará á V. el primer día que vaya al mercado.

— ¡Ah! señorita, es que yo no hablo de la cotorra.

Otra vez volvió á mirarme con la misma expresion de curiosidad.

— ¿No es de la cotorra! ¿De quién, pues?

Con mucho gusto la hubiese contestado «su ama» ó «su tocaya», pero no me atreví. Nuestra amistad no era bastante íntima para tanta familiaridad, que podría tomarse por falta de respeto. Era preciso contestar algo.

— No se lo quiero decir á V. ahora; otra vez se lo diré.

Me paré, pensando cuándo tendria ocasion de volver á verla; esta idea, con todas sus dificultades, era una cortina negra entre los dos.

— Porque no supongo que dejó V. ya siempre de ir á la ciudad.

— Espero que no; deseo mucho ir y ver toda lo que veia cuando iba. Sus valientes soldados de V. en sus hermosos caballos, yendo y viniendo todos á un tiempo.... ¡Oh! era una vista preciosa.

— Me alegro mucho que le guste á V., espero que vendrá V. á verlo otra vez.... muchas veces.

— Yo tambien quisiera, si mi padre la permitiese. Pero esos sombreros encarnados.....

Se paró de repente, mirando hacia el ludo oscuro, y vi algo parecido al miedo en su hermoso rostro.

— ¿Qué es? —le pregunté.

— Un hombre que se parece mucho á él.

— ¿Á quién?

— Al del sombrero encarnado, al mismo que me persiguio en el canal.

— ¿Dónde le ha visto V.?

— Estaba ahí parado—dijo señalando á uno de los postes del ballon cubierto de siemprevivas;—pero ya se ha ido.

— ¿Tenia la banda encarnada en su sombrero?

— No, señor, era su cara lo que me parecia conocer. Como le dijo á V. mi hermano, le hemos visto muchas veces, pero no siempre con el mismo traje. Ahora está vestido de otro modo, si es él, que yo espero que no será.

— Yo deseo, por el contrario, que sea. Dispénsame usted que la deje así de repente. Si V. me lo permite, volveré y la suplicaré baile conmigo lo primero que toquen.

Aceptó, y volviéndome hacia el otro lado, me fui por el sitio donde el hombre del canal había desaparecido.

Pasó una media hora ántes que volviese á su ludo, y todo este tiempo lo empleé en abrirme paso por entre la muchísima gente que bailaba y se paseaba bajo el toldo y fuera de él, mirando por todas partes, fijándome en todas las caras, ¡infútil! Ninguna de ellas se parecia á D. Hilarjo, porque no necesitó decir que era á él á quien yo buscaba. Se debía haber equivocado.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

—¡Ea! Ya me estás fastidiando. ¡Te digo que te vayas; es preciso salir de aquí en el acto! Te doy cinco minutos para que lages tus preparativos; si te encuentro aquí cuando vuelva al patio, verás lo que es bueno.

Comprendí que era inútil hablar más. Bien claramente lo decía el posadero, «es preciso salir de aquí.»

Entré en la cuadra, desaté á los perros y á *Joli-Cœur*; cerré mi morral, y pasándome por el hombro el correo del arpa, salté de la posada.

El posadero estaba vigilándome en la puerta.

—¡Si viene alguna carta—me gritó—te la guardaré!

Tenia prisa por dejar la población, pues los perros no tenían bozal. ¿Qué respondería si me preguntase algún agente? ¿Que no tenía dinero para comprar bozales? Y así era, porque, en resumidas cuentas, no tenía más que once sueldos en el bolsillo, y aquella cantidad no era suficiente para hacer semejante compra. ¿No podrían detenerme también y llevarme al tribunal? Encarcelado mi amo, ¿qué sería de los perros y de *Joli-Cœur*? Héme aquí convertido en director de compañía, jefe de una familia, yo que no la tenía propia; entónces comprendí la responsabilidad que sobre mí pesaba.

Mientras caminábamos rápidamente, levantaban la cabeza los perros dirigiéndome miradas que no necesitaban palabras para ser comprendidas: tenían hambre.

Joli-Cœur, que iba encaramado en mi zurrón, me tiraba de las orejas de vez en cuando, para obligarme á que volviera la cabeza, y cuando la volvía, se rascaba el vientre con un ademán no ménos expresivo que la mirada de los perros.

Yo también hubiera hablado, como ellos, del hambre que tenía, pues tampoco había almorzado. Pero, ¿qué adelantaba?

Mis once sueldos no podían proporcionarnos el almuerzo y la cena: debíamos contentarnos con una sola comida que, hecha en medio del día, pudiera equivaler á las dos.

Como la posada en que habíamos vivido estaba en el arrabal de San Miguel, camino de Montpellier, está fué la dirección que seguí.

A causa de la prisa que me di á huir de una ciudad en la que podía tropezar con agentes de policía, no tuve tiempo para averiguar adónde conducían los

caminos; lo que deseaba era que me alejasen de Toulouse, lo demás no me importaba nada. Tanto interés tenía en ir á un país como á otro, en todos nos pedirían dinero por comer y dormir. Al fin y al cabo la cuestión del alojamiento era secundaria; estábamos en primavera y podíamos pasar la noche al aire libre, al abrigo de un matollar ó de un muro.

Más ¿qué haríamos para comer?

Me parece que anduvimos durante dos horas sin atreverme á descansar, por más que los perros me dirigían miradas suplicantes, y *Joli-Cœur* me tiraba de las orejas rascándose el vientre cada vez con mayor fuerza.

Por último, estuve bastante lejos de Toulouse para no tener nada ó, por lo ménos, para decir que al día siguiente pondría bozal á los perros si alguien me lo mandaba, y entré en la primera panadería que había en el camino.

Pedí libra y media de pan.

—Debeis comprar un pan de dos libras—dijo la panadera—para vuestra colección de animales no es bastante; ¡pobrecillos, es preciso alimentarlos bien!

Verdaderamente no era mucho pan para todos un pan de dos libras, porque, excepto *Joli-Cœur* que no comía grandes trozos, tenía cada uno de los demás tan sólo media libra; pero aun esto era demasiado para el estado de mi bolsillo.

La libra de pan costaba cinco sueldos, y si tomaba dos libras gastaría diez sueldos; de modo que no me quedaría más que uno de los once que llevaba.

No me parecía prudente dejarme arrastrar por la largueza ántes de tener asegurado el sustento del siguiente día. Comprando libra y media de pan, que me costaba siete sueldos y tres céntimos, podía guardar tres sueldos y dos céntimos; es decir, bastante dinero para no morir de hambre y esperar una ocasión de ganar algo.

Hice rápidamente este cálculo, y dije á la panadera con tono de seguridad, que tenía bastante con libra y media de pan, y que la rogaba no cortase más.

—Está bien, está bien—me respondió.

Y de un hermoso pan de seis libras que le hubiéramos devorado por completo, corté la cantidad que pedía y la puso en la balanza, dando al platillo un ligero golpe.

—Pesa un poco más—dijo—vaya el exceso por los dos céntimos.

Y dejó caer en el cajón mis ocho sueldos.

He visto á muchas personas rechazar los céntimos que les davalvian por no saber qué hacer con ellos; ya no me hubiera negado á admitir los que me daban, pero no me atreví á reclamarlos y salí sin pronunciar una palabra apretando el pan con mi brazo.

Llenos de alegría saltaban los perros á mi alrededor, y *Joli-Cœur* me tiraba del pelo dando agudos gritos.

No anduvimos mucho.

Coloqué mi arpa junto al primer tronco de árbol que había en el camino y me tendí en la hierba; los perros se sentaron frente á mí, *Capi* en medio, *Zerbino* á un lado y *Dolce* á otro; en cuanto á *Joli-Cœur*, que no estaba cansado, permaneció en pie dispuesto á robar los trozos que le conviniere.

Realmente era un asunto muy delicado partir la miga; hice de ella cinco trozos lo más iguales que me fué posible, y para que no se desperdiciase par los distribuí en menudos pedazos, dando á cada comensal el suyo.

Joli-Cœur, que necesitaba ménos alimento que nosotros, fué el más favorecido y tuvo el apetito satisfecho cuando todavía estábamos hambrientos. Hice tres pedazos de su ración y los guardé en el morral para dárselos después á los perros; como además teníamos otros cuatro, tomamos cada uno el suyo, lo que nos sirvió de plato suplementario y de postre.

Por más que aquel festín no era de los que excitan á pronunciar discursos, creí llegado el momento de dirigir algunas palabras á mis camaradas. Considerábanme naturalmente como jefe suyo; pero no me creía á bastante altura sobre ellos para juzgarme dispensado de darles cuenta de la gravedad de las circunstancias.

Capi adivinó, sin duda, mi propósito, pues tenía fijos en mis ojos los suyos, tan inteligentes como cariñosos.

—Sí, amigo *Capi*—dijo—sí, amigos *Dolce*, *Zerbino* y *Joli-Cœur*; sí, mis queridos camaradas, tengo que comunicaros una mala noticia: nuestro amo está separado de nosotros durante dos meses.

—¡Gua!—gritó *Capi*.

—Esto es muy desagradable para él, en primer lugar, y después para nosotros. Él proveía á nuestra subsistencia, y su encarcelamiento nos coloca en una situación terrible. No tenemos dinero.

Al oír esta palabra que conocía perfectamente, púsose *Capi* sobre sus patas traseras y comenzó á andar dando vueltas como cuando recorría las filas del «respetable público.»

—Quieres que demos algunas representaciones—continué—seguramente es un buen consejo, pero, ¿tendremos ganancias? Esta es la cuestión. Si no lo conseguimos, dabo preveniros que nuestro capital consiste en tres pedos. En vista de esto me atrevo á esperar que comprenderéis la gravedad de las circunstancias, y que un vez de hacerme alguna mala pasada, pondréis toda vuestra inteligencia al servicio de la compañía. Os pido, pues, obediencia, sobriedad y valor. Estroquelamos nuestra unión y contad conmigo como yo cuento con vosotros.

No me atreví á afirmar que mis camaradas com-

prendiesen todas las bellezas de mi improvisado discurso; pero es indudable que se apoderaron de las ideas generales. Si no entendieron todo lo que dije, quedaron, por lo ménos, satisfechos de mi conducta respecto de ellos, demostrándome su contentamiento por medio de su atención.

Al hablar de atención me refiero á los perros solamente, pues *Joli-Cœur* no podía fijarse por mucho tiempo en una misma cosa. En la primera parte de mi discurso me había escuchado con vivo interés; pero al cabo de unas veinte palabras se encaramó al árbol que nos cubría con su follaje, y comenzó á divertirse saltando de rama en rama. Si *Capi* me hubiera inferido semejante injuria habríame enfadado, pero en *Joli-Cœur* nada me asombraba. Era un animal, tenía la cabeza hueca, y, después de todo, me parecía muy natural que quisiera distraerse un poco.

Confieso que de buena gana le habríame imitado columpiándome como él hacía, pero la importancia y la dignidad de mis funciones no me permitían entregarme á tales juegos.

Después de unos momentos de descanso di la orden de marcha; necesitábamos ganar dinero para el alojamiento por la noche ó el almuerzo del día siguiente, si, como era probable, hacíamos la escapatoria de dormir al aire libre.

Caminamos durante una hora, llegando á la vista de un pueblo que me pareció á propósito para realizar mis designios.

Desde lejos parecía miserable y las ganancias debían ser muy pequeñas, pero no me desanimaba por eso; no era exigente en cuanto á la cifra del ingreso, y además, cuanto más insignificante fuese el pueblo ménos probabilidad teníamos de encontrar agentes de policía.

Vestí, pues, á mis actores y con el orden posible extruimos en el pueblo; desgraciadamente nos faltaba el pifano de Vitales y también su figura y su contorno, que como el de un tambor mayor, atraía siempre todas las miradas. Yo no tenía como él la ventaja de una elevada estatura y de una cabeza expresiva; al contrario, era muy pequeño, delgado y en mi rostro debía retratarse más inquietud que confianza.

Mientras marchábamos, miraba á derecha é izquierda para ver el efecto que producíamos, era poco más que nulo; la gente levantaba la cabeza, volvía á bajarla y nadie nos seguía.

Cuando llegamos á una plazuela en cuyo centro había una fuente sombreada por algunos plátanos, tomé mi arpa y preludé un vals. La música era jaquetona, mis dedos ágiles, pero mi corazón estaba entristecido y me parecía que llevaba sobre mis hombros una carga muy pesada.

Dijo á *Zerbino* y á *Dolce* que bailasen; obedecieron me en seguida y se pusieron á dar vueltas lindamente.

Pero nadie se distrajo de sus ocupaciones para ir á vernos á pesar de que en los portales de las casas veía muchas mujeres que hablaban ó hacían calceta.

Seguí tocando mientras *Zerbino* y *Dolce* bailaban sin cesar.

Acaso alguno se decidiera á presenciar nuestros

trabajos; si llegaba una persona iría otra despues, y luego diez y veinte.

Pero por más que yo tocaba y que *Zerbino* y *Dolce* deban vertiginosas vueltas, todo el mundo seguía en su casa y ni siquiera miraban hácia el sitio en que estábamos.

Yo me desesperaba.

Sin embargo, no desistía y tocaba con más fuerza, haciendo vibrar las cuerdas de mi arpa hasta romperlas.

De pronto abandoné el umbral de su casa, dirigiéndome hácia nosotros, un niño de poca edad, tan pequeño que pudiera creerse estaba aprendiendo á andar.

Indudablemente le seguiría su madre, despues llegaría una amiga, tendríamos público y en seguida ganancia.

Tiqué con ménos fuerza para no asustar al niño y para llamar su atencion.

La criatura avanzaba despacio con las manos levantadas y balanceándose sobre las caderas.

Llegaba, se acercaba unos pasos más y estaría á nuestro lado.

Levantó la madre su cabeza sorprendida é inquieta por no ver á su pequeñuelo.

No tardó en descubrirle. Pero en vez de correr para llevarle consigo, se contentó con dar una voz y el obediente niño volvió atrás.

Acaso no serian aquellas gentes aficionadas al baile. Despues de todo era posible.

Mandé á *Zerbino* y á *Dolce* que se echasen, me puse á entonar mi *cousnetta* y quizás nunca lo hice con más entusiasmo.

Fenesta cascia e patrona crudèle

Quanta sospire m'aje fatto jettare.

Al comenzar la segunda estrofa, observé que se examinaba hácia mí un hombre vestido con una especie de chaqueta y cubierto con un sombrero de castor.

¡Por fin!

Creció mi entusiasmo.

¡Hola! —gritó— ¿qué haces aquí, gran plebeo.

Estupefacto por aquella interpelacion, dejé de cantar y me quedé mirándole con la boca abierta.

—¿Ea! ¿Respondes ó no?

—Ya lo veis, señor; estoy cantando.

—¿Y tienes permiso para cantar en la plaza de nuestro pueblo?

—No, señor.

—En ese caso véte, sino quieres que te lleve ante el juez.

—Pero, señor....

—¡Llámanme señor guarda rural y desliza pronto, mendigo!

¡Un guarda rural! Ya conocía por el ejemplo de mi amo lo que estaba rebelarse contra los agentes de policía y los guardas rurales.

No di ocasion á que repitiese dos veces la orden; di media vuelta como me habia mandado y tomé rápidamente el camino por donde vino.

¡Mendigo! Aquello no era justo. Yo no habia mendigado; no hice más que cantar y bailar, qué era mi modo de ganar el pan; ¿cuál era mi falta?

En cinco minutos salí de aquel pueblo tan poco hospitalario como bien guardado.

Mis perros me seguían con la cabeza baja y la mirada triste, comprendiendo, sin duda, que nos habia ocurrido una desgracia.

De vez en cuando se adelantaba *Capi*, y volviéndose hácia mí fijaba en los ojos sus inteligentes ojos. Cualquiera en su lugar me hubiese interrogado, pero *Capi* era un perro de perfecta educacion y bastante disciplinado para permitirse hacer preguntas indiscretas; se limitó á manifestar su curiosidad y observó que sus mandíbulas temblaban agitadas por el esfuerzo que hacia para contener los ladridos.

Cuando estuvimos á tal distancia que ya no fuese de temer la llegada del guarda rural, hice una seña con la mano é inmediatamente formaron los perros un círculo á mi alrededor, colocándose en medio *Capi*, que me miraba sin pestañear.

Habia llegado el momento de dárles la explicacion que esperaban.

—Nos han arrojado del pueblo—dije— porque no tenemos permiso para cantar.

—¿Y qué vamos á hacer?—pareció preguntar *Capi* con un movimiento de cabeza.

—Dormir al sereno, en cualquier parte y sin cuidar.

Al oír la palabra cenar hubo un gruñido general.

Enseñé mis tres sueldos.

—No ignorais que ésto es todo nuestro capital; si gastamos los tres sueldos esta noche no tendremos dinero para almorzar mañana; ahora bien, como ya hemos comido hoy me parece prudente hacer economías.

Y volví á introducir en mi bolsillo los tres sueldos.

Capi y *Dolce* bajaron la cabeza con resignacion, pero *Zerbino*, que no tenia siempre buen carácter, y que, por añadidura, era gloton, continuó gruñendo.

Despues de mirarle severamente sin conseguir que callase, me volví á *Capi*:

—Explica á *Zerbino*—le dije—lo que parece que no quiere comprender; es necesario que hoy nos paseemos sin la segunda comida si queremos hacer mañana una uva.

Dió *Capi* una mandada á su compañero y pareció que se entablaba entre ambos un animado debate.

Aunque esta palabra *debate* parezca impropia aplicada á dos animales, no lo es. Cada especie animal tiene un lenguaje peculiar suyo. El que haya vivido en una casa con alero ó en cuantas ventanas cuelguen sus nidos las golondrinas, habrá observado que cuando apunta el alba se cantan solamente aquellas sencillas ayes sino que sostienen verdaderas discusiones, tratan de asuntos serios y cambian entre sí palabras de ternura. Las hormigas de una misma tribu, siempre que se encuentran en un sendero se frotan mutuamente las antenas, y entónces se comunican lo que las interesa. En cuanto á los perros, no tan sólo saben hablar, sino que saben leer: velles con el hocico levantado ó bien con la cabeza baja huscando el suelo, ó oliendo los guijarros y las hierbas; de pronto se detienen delante de un matorral ó de una tapia, quedándose parados un momento; nosotros no vemos

nada en aquella paróv, mientras el perro lee toda clase de cosas curiosas escritas en caracteres desconocidos é invisibles para los demás.

No pudo oír lo que *Capi* dijo á *Zerbino*, pues si bien los perros entienden el lenguaje de los hombres, estos no comprenden el de aquellos; vi únicamente que *Zerbino* se negaba á oír razones, insistiendo en que se gustasen al punto los tres sueldos; fue preciso que *Capi* se enfadase, y solamente cuando le enseñó sus cuñillos, *Zerbino*, que era algo cobarde, se resignó á guardar silencio.

Arreglada la cuestión de la cena quedó pendiente la de dormir.

Por fortuna hacía un tiempo delicioso, el día fue muy templado y la perspectiva de acostarse al aire libre no era desagradable; había que tener cuidado en instalarse de modo que no pudieran molestarnos los lobos si vagaban por la comarca, y sobre todo de manera que evitásemos el encuentro de los guardas rurales.

El asunto estaba reducido á examinar en derredor por la carretera hasta hallar un sitio á propósito.

Esto fué lo que hicimos.

Prolongábase el camino, se sucedían los kilómetros, y cuando desaparecieron los últimos fulgores del sol poniente, aún no habíamos encontrado albergue apetecido.

Era preciso decidirse.

Nos hallábamos en un bosque cortado por algunos espacios desprovistos de vegetación, en medio de los cuales se levantaban enormes masas graníticas. El sitio no podía ser más triste ni más desierto; pero como no teníamos donde escoger, pensé que entre aquellos pedruscos podríamos encontrar un abrigo contra el viento de la noche. Hablo en plural refiriéndome á *Joli-Cœur* y á mí, pues no me preocupaba de los perros, en la seguridad de que no se incomodarían durmiendo á la intemperie. Pero yo debía cuidar mi salud porque tenía la conciencia de la gran responsabilidad que sobre mí pesaba. ¿Cuál sería la suerte de mi compañía si yo cayese enfermo? ¿Qué sería de mí mismo si tuviese que cuidar á *Joli-Cœur*?

Dejamos el camino y nos internamos por los pedregales, descubriendo al poco tiempo un bloque de granito que formaba una cavidad cerrada por arriba, y en la cual habían amontonado los vientos una espesa capa de hojas secas de pino. Era todo cuanto deseábamos: lecho para descansar y una cubierta para abrigarnos; lo único que nos faltaba era un pedazo de pan; no había que pensar en semejante cosa. Además, ¿no dice el refrán: «quien duerme, come?»

Antes de entregarme á las delicias del sueño dije á *Capi* que contaba con él para custodiarnos, y el inteligente animal, en lugar de venir á nuestro lado para acostarse en la hojarasca, permaneció fuera de nuestro asilo, colocado de centinela. De este modo podría estar tranquilo, pues sabía que al menor motivo de alarma me pondría en conocimiento de lo que ocurriese.

Su embargo, por más que estaba tranquilo bajo este punto de vista, no me dormí en seguida, pues la inquietud que me dominaba era mayor que la fatiga.

Aquel primer día de camino había sido malo; ¿cómo sería el siguiente? Estaba hambriento, tenía sed, y no me quedaban más que tres sueldos. Por más que los movía maquinalmente en mi bolsillo no se multiplicaban; uno, dos, tres; siempre me paraba en esta cifra.

¿Con qué daría de comer á mis artistas y á mí mismo si al día siguiente y en los sucesivos no ganase algo? ¿Cómo había de tener bozales y licencia para cantar? ¿Moriríamos todos de hambre en un rincón del bosque, debajo de una manta?

Y mientras se agitaban en mi cerebro estas fatídicas ideas, miraba á los astros que brillaban en el oscuro fondo del cielo. No se movía una sola ráfaga de viento. Reinaba un silencio solemne; ni el menor ruido en las hojas, ni un grito de los pájaros nocturnos, ni el rodar de los carruajes por el camino; por todas partes á donde podía dirigir mi vista encontraba el vacío. ¿Qué solos estábamos!

Senti que mis ojos se hundecían, y de pronto empecé á llorar: ¡pobre tía Barberín, pobre Vitalé!

Estaba echado boca abajo y derramaba las lágrimas en mis brazos sin poder contenerme, cuando sentí que un aliento húmedo rozaba mis cabellos; me incorporé vivamente, y en aquel momento se deslizo por mi rostro una lengua suave y cálida. Era *Capi*, que habiéndome oído llorar venía á consolarme. De igual modo que vino en mi auxilio la primera noche de viaje.

Eché mis brazos á su cuello y abracé su noble cabeza; entonces lanzó dos ó tres gemidos ahogados y me pareció oírle llorar también.

Cuando me desperté era ya tarde, y *Capi*, sentado delante de mí, me miraba con atención; gorjeaban los pájaros en la enramada y allá muy lejos se oía una campana tocando el *Angelus*; el sol, algo elevado sobre el horizonte, despedía sus ardientes rayos, tan bienhechores para el alma como para el cuerpo.

En un momento lácidos nuestro tocado matutino, poniéndonos en marcha hacia la parte de donde se oía el tañido de la campana; allí habría un pueblo y en él un panadero; cuando se acuesta uno sin comer y sin cenar, habla el hambre desde muy temprano.

Había tomado una resolución: gustaría los tres sueldos, y luego ya veríamos.

Al llegar al pueblo no necesité preguntar dónde estaba la taberna; nuestro olfato nos dirigió á ella sin vacilación alguna; tuve la nariz tan fina como la de mis perros para percibir desde lejos el agradable olor del pan caliente.

Tres sueldos de pan cuando la libra cuesta cinco, no nos proporcionaron á cada uno más que un trozo pequeñísimo, con lo que terminó rápidamente nuestro almuerzo.

Era llegada la ocasión de ver, es decir, de investigar los medios para realizar alguna ganancia en aquel día. Con este objeto me dediqué á recorrer el pueblo buscando el sitio más ventajoso para una representación, á la vez que examinaba el aspecto de la gente para deducir de él si serían amigos ó enemigos.

No me proponía dar inmediatamente aquella representación, pues no era oportuna la hora; quizá es-

tuñar el país, elegir el mejor punto para volver al mediocidio y probar fortuna.

Estaba absorto por aquella idea, cuando de repente oí gritar á mi espalda; volvíme, y vi llegar á *Zerbino* persiguiendo por una mujer vieja. No necesité mucho tiempo para conocer la causa de tales gritos: aprovechándose de mi distracción, habíame abandonado *Zerbino*, el cual entró en una casa, robando en ella un trozo de carne que llevaba en la boca.

— ¡Al ladrón! — gritaba la vieja; — cogedlo, cogedlo á todos!

Al oír las últimas palabras comprendí que era culpable, ó por lo ménos, responsable de la falta de mi perro, y emprendí como él una carrera vertiginosa. ¿Qué respondería si la vieja me pidiese el valor de la carne robada? ¿Con qué había de pagarla? Si nos detenían, ¿seríamos reducidos á prisión?

Viendo que huir no se quedaron atrás *Capi* y *Zerbino*, sino que me seguían pisándome los talones, mientras *Joli-Cœur*, encaramado sobre mi hombro, se agarraba á mi cuello para evitar una caída.

No era de temer que nos alcanzase, pero podíamos ser detenidos en el tránsito, y ésta era era la intención de dos ó tres personas que cerraban el paso de una calle. Felizmente desembocaba una travesía en el camino, ántes de llegar á donde estaba aquel grupo de adversarios.

Entré en ella acompañado de los perros, y corriendo sin cesar, nos encontramos al poco tiempo en campo raso. Me detuve cuando empezó á faltaros la respiración, es decir, al cabo de dos kilómetros. Entonces volví la cabeza atreviéndome á mirar hacia atrás; nadie nos seguía; *Capi* y *Dolce* iban siempre á mi alcance, *Zerbino* llegaba después por haberse detenido, sin darme, á comer su pedazo de carne.

Le llamé, pero como sabía que era acreedor á una severa corrección, se detuvo, y en vez de acudir al llamamiento, se dió á la fuga.

Excitado por el apetito, era por lo que había robado la carne. Pero no podía aceptar aquella ración como disculpa. El robo existía siempre. Era preciso castigar al culpable; de lo contrario, quedaba rota la disciplina de mi compañía; en el pueblo más próximo pudiera *Dolce* imitar á su camarada, y acaso el mismo *Capi* sucumbiría á la tentación.

Así, pues, debía corregir públicamente á *Zerbino*. Mas para esto, era preciso que quisiese comparecer á mi presencia, y no sería fácil convencerle.

Entonces apelé á *Capi*.

— Tráeme á *Zerbino*.

Marchó en seguida á desempeñar la comisión que le había confiado. Sin embargo, me pareció que aceptaba aquel encargo con ménos interés que de ordinario, y por la mirada que me dirigía ántes de partir, creí comprender que de mejor gana sería defensor de *Zerbino* que mi agente de policía.

Hube de esperar el regreso de *Capi* y de su prisionero, que acaso tardarían, porque *Zerbino* no se dejaría prender fácilmente. Pero no me desagradaba aquella espera. Estábamos á tal distancia del pueblo que no había temer de que nos persiguieran. Además, la rapidez de la carrera me fatigó de tal modo, que

deseara reposar. ¿Por qué había de tener prisa si no sabía dónde ir ni tenía nada que hacer?

Precisamente el sitio en que nos detuvimos convidaba al descanso. Sin saber hacia dónde me dirigía en mi precipitada marcha, llegué á orillas del Canal del Mediolla, y después de atravesar campiñas cubiertas de polvo desde mi salida de Tolosa, me hallaba en un país fresco y verde: aguas, árboles, hierba, un manantial que brotaba por entre las hendiduras de una roca tapizada de plantas colgando en forma de cascadas floridas y siguiendo el curso de la mansa corriente; era encantador aquel lugar, y el más á propósito para esperar á que volviesen los perros.

Transcurrió una hora sin que llegaran ni uno ni otro, y ya comenzaba á inquietarme cuando súbitamente apareció *Capi* con la cabeza baja.

— ¿Dónde está *Zerbino*?

Capi se echó en el suelo manifestando temor; me puse á mirarlo y observé que tenía una oreja ensangrentada.

No necesité explicaciones para conocer lo que había pasado: *Zerbino* se había rebelado contra la policía, haciendo resistencia, y *Capi*, que, sin duda, obedecía mis órdenes á regañadientes, por parecerle un poco severas, se había dejado maltratar.

¿Sería necesario reprenderle y corregirle también? No tuvo valor para hacerlo ni estaba en disposición de castigar á los perros, pues bastante afligido me tenían mis propios pesares.

Frustrada la expedición de *Capi*, no me quedaba otro recurso sino esperar á que *Zerbino* tuviese á bien volver; le conocía perfectamente, y sabía que después del primer movimiento de insubordinación se resignaría á sufrir su condena y le vería regresar arrepentido.

Me tendí al pie de un árbol, después de atar á *Joli-Cœur*, por temor de que se le autojase imitar á *Zerbino*; *Capi* y *Dolce* se habían echado á mis pies.

Pasaba el tiempo y no venía *Zerbino*; insensiblemente me acometió el sueño y me dormí.

Cuando me desperté estaba el sol en el cenit; pero no necesité mirar el astro del día para comprender que era ya tarde, pues el estómago me advirtió que hacía ya mucho tiempo no tomaba mi pedazo de pan. *Joli-Cœur* y los dos perros me manifestaban igualmente el hambre que tenían: éstos con sus compungidos rostros, aquél con mucosidades élocuencísimas,

Y *Zerbino* no volvía.

Le llamé, silbé, todo inútil; no le descubrí en parte alguna; como había aborrazado perfectamente estaría haciendo la digestión acurrucado detrás de alguna mala.

Mi situación no era enviable; si me marchaba podía perderse y no volver á nuestro lado; si seguía allí desperdiciaba la ocasión de ganar algunos sueldos para comer.

Esta necesidad se hacía más imperiosa cada instante que pasaba. Los ojos de los perros se fijaban en los míos con verdadera desesperación, y *Joli-Cœur* se rascaba el vientre dando gritos de rabia.

Se deslizaba el tiempo y *Zerbino* no venía; envié otra vez á *Capi* en busca de su camarada; pero al cabo de media hora volvió solo, dándome á entender que no le había encontrado.

¿Qué hacer?

Por más que *Zerbino* fuese culpable y nos hubiera

puesto á todos en una situación terrible, no podíamos abandonarle. ¿Qué diría mi amo si no le entregásemos sus tres perros? Y á pesar de todo, yo me interesaba por el bribon de *Zerbino*.

Resolví, por consiguiente, esperar hasta la caída de la tarde; mas era imposible permanecer así en la



Tomé mi arpa, que estaba apoyada en un árbol.

inacción oyendo á nuestro hambriento estómago que daba agudos gritos tanto más dolorosos cuanto que eran los únicos que se oían.

Era preciso inventar algo que nos tuviese á todos ocupados al mismo tiempo que nos sirviera de distracción.

Si bien no podíamos olvidar que teníamos hambre, al menos sería menor durante aquellas horas de olvido.

Pero ¿en qué nos ocuparíamos?

Mientras resolvía esta cuestión, recordé que mi amo Vitalis me había dicho que en la guerra, cuando un regimiento está fatigado por una larga marcha, se tocan piezas de música, y al oír los soldados el alegre són de las charangas, dan al olvido todo su cansancio.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

III.

—Decidnos, capitán—preguntó el comandante del *Algeciras*—¿conoce todos los antecedentes de nuestra expedición nuestro tío Ballesta?

—No, aunque si los más indispensables. Aun no he concluido, señores. Desde el frustrado incendio de la cobeta estoy sobre aviso y al acecho de los criminales. En las declaraciones que, con motivo del último accidente, he tomado á algunos marineros y en las que habeis vosotros mismos prestado, hay ciertos detalles sobre los que resuelvo guardar silencio, á fin de seguir y observar todos los actos del que supongo presente acá.... Entre tanto, vivid alerta como yo y apercebidos para afrontar toda clase de contingencias; especialmente os encargo que mostréis gran reserva con los marineros acerca de cuanto hemos hablado aquí.

El señor Poe y los oficiales de la expedición inclinaronse en señal de asentimiento.

—Réstame aún comunicaros una sospecha, hija tal vez de la viva excitacion de que me hallo poseido, pero que temo mucho se convierta en realidad....

—Decid, decid, D. Félix.

—Hace días que suelen aparecerse, casi siguiendo nuestro rumbo, dos buques de vapor....

—Demasiado he reparado en ellos, capitán—prompió *Borrasca*;—mas no quise deciros nada....

—Yo tambien—añadió Salinas—los he observado desde mi bergantín-goleta, y sin saber por qué, un vago presentimiento me preocupó un instante....

—¿Quiera el destino que nos equivoquemos!—balbuceó con indefinible acento de tristeza D. Félix.

—Ahora—siguió diciendo Salinas con cierta timidez—quisiera en mi particular sincerarme....

—¿De qué, D. Diego?—preguntó el doctor.

—Mi consigna á bordo del *Algeciras* es navegar en conserva de la Capitana y hacer las mismas maniobras que ésta ejecute.... Bien observé la noche anterior que el *Baltasar Ballesta* hacía rumbo como á las ocho de la noche hacía las islas de Cabo-Verde; pero supuse que el capitán quería recalar en ellas por algun motivo, y viré tambien un cuarto de círculo.... Como yo navegaba á sotavento, casi á una milla de distancia, no pude apercebir los escollos, ni llamar á tiempo por medio de señales la atencion de la goleta....

—No tenéis de qué disculparos, Salinas; no os era posible evitar lo que ha sucedido. Os conozco muchos

años, y sé que sois uno de los mejores y más leales amigos que en este momento me rodean.

Sanaron á la sazón algunos golpes dados discretamente en la puerta de la cámara; corrió *Borrasca* á abrir, y apareció en su dintel Tomás, el segundo contramaestre.

—¿Qué ocurrió?—preguntó el capitán.

—Ocurre....—balbuceó el marinero—que hace más de media hora que están á la vista dos vapores....

Menos D. Félix, que permaneció impassible, los demas circunstantes hicieron un movimiento de sorpresa.

—¿Por qué no bajaste más á tiempo á decirme lo?

—Bien quise hacerlo, capitán; pero *Mateo Pedro* estaba á la entrada de la escalera, y empeñose en no dejarme pasar.... ¡Ah! se me olvidaba.... Uno de esos barcos trae al topé del trinquete una bandera inglesa.... ¡Dios la confunda!

CAPÍTULO XVI.

LA ISLA DE SAN PABLO.—LOS PREPARATIVOS DEL MAESTRO PIMENTÓN.—LA BANDERA ESPAÑOLA.—¿QUIÉN ERA EL SEÑOR POEY?

I.

El 24 de Setiembre, ó sea ocho días despues de haber salido la expedición del puerto de Algeciras, recalaba ésta en la isla de San Pablo, pequeña y solitaria extension de tierra situada á 35' de la línea ecuatorial, y casi á igual distancia de la costa N. E. de la América del Sur y de la de Sierra Leona al S. O. de Africa.

El capitán Ballesta había modificado últimamente su derrotero. Al partir de la isla Tenerife hizo rumbo hácia la de Fernando de Noroña; pero reflexionando despues que esto le apartaria de la línea recta, que, en cuanto le fuera posible, estaba decidido á seguir, puso la proa á la isla de San Pablo.

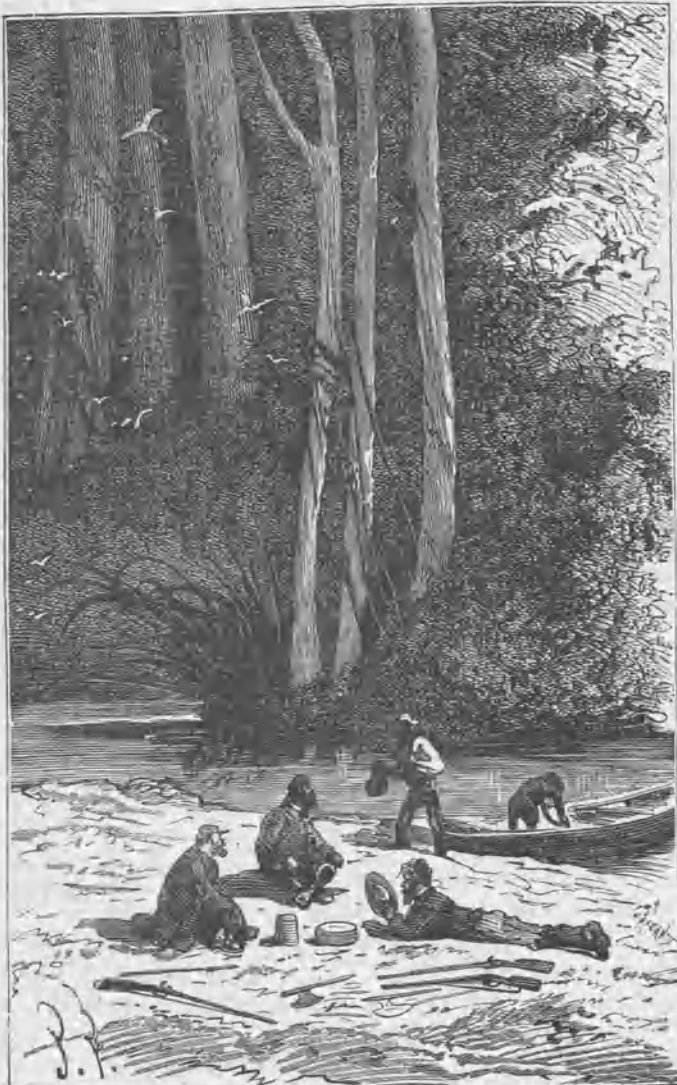
Propóníase ofrecer en ella á sus tripulaciones un día de descanso, antes de entrar en el golfo de San Lorenzo y de hacer frente á los peligros, que desde allí en adelante pudieran encontrar en los procelosos mares que iban á recorrer. Con júbilo acogieron los expedicionarios la resolucion de su jefe, porque en todo tiempo está dispuesta la gente de mar á entregarse á la holganza, aunque sea por breves instantes.

En la parte O. de la isla dieron fondo los buques

en quince brazas de agua y como á tres cables de tierra. Una pequeña bahía extendíase al frente en forma de media luna; la playa era perfectamente accesible y, por lo que podía juzgarse desde lejos, exuberante vegetación llenaba la isla.

Espesos mangles, juncos y espadañas, que hundían sus retorcidas raíces en las salobres aguas, hacían impracticables en muchos puntos las orillas y arrecifes inmediatos.

El mar, lamiendo la superficie de aquel reducido espacio de tierra, penetraba entre sus guijos y arenas á largas distancias en caprichosos zig-zags. Así es que desde en medio de sus claras linfas nacían con pasmosa profusión bosquecillos de acacias, bayas y robles, cuyas ramas sostenían multitud de bejucos, enredaderas y plantas parásitas, que, entrelazándose unas con otras, formaban una red completamente inextricable.



Maese Pedro, agachado en el fondo de la chalupa....

II.

Maese Pedro, agachado en el fondo de la chalupa, recogía algunas cacerolas para trasportarlas á tierra; ya en ésta se veían varias pilas de platos y fuentes, más otros efectos destinados á verificar una campestre comida....

¿Quiénes eran el anfitrión y los comensales?

Sobre la blanca arena de la playa se encontraban sentados dos hombres, otro tendido boca abajo, y el *maestro Pimenton*, que ayudaba á *Maese Pedro* á trasportar la batería de cocina, y que en el instante

á que hago referencia conducía, como en triunfo, dos enormes botas henchidas de vino....

Un hacha y tres carabinas hallábanse además en tierra; destinábase la primera á cortar las ramas que pudiera necesitar el *maestro Pimenton* en sus cocineras faenas, y las segundas á cazar algunas de las pintadas aves que poblaban aquellos bosquecillos, para que fuesen aderezadas convenientemente y diesen gusto al paladar y al olfato.

Casi es inútil decir que encontrándose en tierra el fornido y sonriente africano, no andaría muy lejos su inseparable camarada Juan Perez Calafate.

En efecto, fácil era reconocerle en el hombre que estaba tendido en la arena: porque si el carpintero de la goleta *Baltasar-Ballesta* pasábase, del día á la noche, con incansable afán, desempeñando á bordo las tareas de su duro oficio, no había, sin embargo, individuo más flojo y haragan cuando se hallaba en tierra.

Este y los dos marineros que le acompañaban tenían el cometido de proveer de coza y leña al jefe de la cocina; pero ninguno de los tres mostrábase muy dispuesto á entrar de lleno en sus funciones; y fué preciso que *Pimenton* pusiera, acaso por la primera vez de su vida, un sí es no es cejijunto y serio, y que propinase además, como aditamento, un sorbo del peleon á cada uno de sus remolones camaradas, para que éstos se decidiesen á cumplimentar su misión.

También el capitán Ballesta quiso prescindir en aquel día de los graves asuntos que le preocupaban, y ofrecer á su jóven mitad algunas horas de expansión en tierra.... ¡Quién sabe los sufrimientos que en el insondable porvenir les esperaban!

Por lo dicho anteriormente se explican los preparativos culinarios del *maestro*. Habíale ordenado el capitán que dispusiese en tierra una comida para cinco personas, que serían él, su esposa, el doctor Poey, don Itaimundo y el comandante del *Algeiras*; y penetrado el digno cocinero de toda la importancia de su cargo, quiso en tan solemne ocasión excederse á sí mismo, celiar el resto, como suele decirse, en sus manipulaciones gastronómicas.

Y que tales eran sus intenciones lo revelaba á las claras el hecho de que una de las primeras cosas que hizo antes de salir de á bordo fué proveerse de una gran caja de pimienta molido.

Previsor como siempre el capitán Ballesta, dejó en su buque los hombres en quienes más confianza tenía, y dispuso que los demás saltasen en tierra; no se hicieron repetir la orden los designados; ántes bien les faltó tiempo, según el dicho vulgar, para ponerla en ejecución.

III.

En virtud de los cálculos practicados hasta entonces, la expedición, desde el punto de partida, había recorrido un trayecto de mil setecientas millas; no era, en verdad, gran cosa; pero hay que tener presente que las máquinas sólo habían funcionado á baja presión, haciendo, por término medio, de 11 á 12 nudos por hora.

Nadie pudo trasladar, á bordo de las dos embarcaciones, qué asuntos se habían dilucidado en el Consejo de oficiales, de que ya tiene conocimiento el lector; solamente revelaron éstos que, por unanimidad, se había convenido en que el accidente de la brújula debía reconocer como origen el paso de una corriente eléctrica por la atmósfera.

Se recordará que, casi á la terminación del Consejo, presentábase en la cámara el segundo contramaestre manifestando que dos buques de vapor se hallaban á la vista....

Esta noticia hizo que D. Félix cerrara la sesión, y que tanto él como los oficiales que le acompañaban,

subiesen inmediatamente á la toldilla á contemplar las embarcaciones que, con la bandera inglesa al tope del trinquete, parecían navegar en sus mismas aguas....

En efecto, un gran barco de vapor, cuya chimenea despedía espesa columna de humo, avanzaba por el Norte; traía mayor andar que los buques de la expedición, merced á lo cual acortaba visiblemente el espacio que le separaba de ellos. Hallábase, próximamente, á la distancia de cinco millas.

Fácilmente se distinguía, con un anteojo de buen alcance, en el extremo de uno de sus palos, flotando á merced del viento, una bandera blanca, cortada en cuatro partes iguales por una cruz roja; en el cuadrado interno y superior, sobre fondo azul, veíanse cuatro fajas rojas ribeteadas de blanco.... Era el pabellón de las islas Británicas.

El capitán Ballesta dijo algunas palabras al contramaestre *Barrasca*; y unos instantes después, pendiente de la botavara de la engreja, desplegábase, nunca impunemente ofendida, la bandera nacional de España.

Después hicieronse algunas señales al bergantín-goleta, y en breve sobre su coronamiento de popa flameó la hermosa bandera de granate y gualda. Las tripulaciones del *Baltasar-Ballesta* y del *Algeiras* saludaron con entusiastas vitores la aparición de sus respectivos pabellones.

Muchos de aquellos honrados marineros, cortados en la dura vida de los mares, que habían servido en varias ocasiones á las órdenes de D. Félix y de su padre, á quienes profesaban singular cariño y respeto, conocían al dedillo toda la historia de los odios con que el *inglés de pega*, según le llamaban, perseguía á sus parientes; no miraban así mismo con buenos ojos, como hijos que eran de los puertos españoles próximos á Gibraltar, que de este pedazo de su territorio estuviese posesionada Inglaterra; y por estas razones fué su alborozo indescriptible, al ver enarbolarse su querida bandera enfrente del orgulloso pabellón británico.

Como una media milla al O., á sotavento al vapor inglés navegaba en conserva de éste, al parecer, otro buque de vapor que llevaba el mismo rumbo....

Largo rato contempló D. Félix Ballesta con sus gemelos de marino aquellas embarcaciones. Devorábalas con la vista á través de los cristales del instrumento de óptica, que sustentaba en sus manos.

Dejó un instante de mirar para dirigir á sus oficiales una triste y significativa sonrisa. Comprendieron aquellos valientes marinos cuán infinita amargura revelaba aquella sonrisa, y correspondieron á ella con demostraciones de adhesión é inquebrantable energía.

El doctor Poey contentóse con estrechar afectuosamente la diestra de su amigo.

Las embarcaciones inglesas hallieron, sin duda, de acortar la rapidez de su marcha, porque poco á poco fueron alejándose hasta que se perdieron de vista en el límite del horizonte.

Los oficiales del *Baltasar-Ballesta* disemináronse entonces por el buque. En cuanto al comandante del *Algeiras*, se embarcó en el bote que le había traído

á bordo para asistir al Consejo, y dirigióse con él al encuentro de su embarcación.

Cuando estuvieron solos sobre la toldilla el capitán Ballesta y el sabio, díjole éste al primero con emocionada entonación:

— ¡Valor, amigo mío, valor! ¡No desmayéis!

IV.

¿Quién era D. Francisco Poey? ¿Por qué formaba parte de la expedición, y fué ésta á recogerle á la isla de Tenerife? ¿Qué hacía en aquel país?

Vamos por partes, exigente lector.

Ya conoces algunos ligeros detalles de su vida, puesto que él mismo los ha contado. Añadiré los estrictamente precisos para que le acabes de conocer: Había nacido en la hermosa isla de Cuba, y esto explica por qué dijo á los marinos de la goleta que le denominasen *Pancho*, porque en aquel país es generalizada costumbre designar con este nombre propio familiar al que se llama Francisco.

Aunque muy lejano, era pariente de dos hijos célebres de la mayor y más importante de las Antillas. Harto conocidos son sus nombres en el mundo de los sabios. Uno de ellos, D. Felipe Poey, le ha ilustrado con sus obras, entre las cuales obtienen especialísima distinción las consagradas á Historia Natural. El otro, D. Andrés Poey, se ha hecho notable por sus trabajos científicos; al extremo que el sabio D. Ramón de la Sagra escribió, en francés y en castellano, una *Relación* de sus trabajos físicos y meteorológicos, que fué impresa en París en 1858.

Además, D. Andrés Poey fundó el Observatorio meteorológico de la Habana, cuya dirección tuvo á su cargo durante mucho tiempo.

Volviendo á D. Pancho, diré que llegó á adquirir tanta celebridad como sus ilustres parientes; que se pasaba la vida viajando por las cinco partes del mundo en pos de sus adiciones de sabio, y que esto dió origen á que trabara íntimo conocimiento y amistad con el padre de D. Félix, y después con este mismo.

El conocía el pensamiento de exploración antártica, que, por especiales razones, deseaba llevar á cabo don Baltasar Ballesta; mas cómo éste viera llegar en último instante sin que hubiese cumplimentado aquel ferviente deseo, recomendó eficazmente á su hijo que al emprender su proyectada expedición á la zona glacial del Sur utilizara los consejos y la ciencia de su amigo, el renombrado doctor Poey.

Con lo cual se explica el por qué se encontraba este digno hombre á bordo del *Baltasar-Ballesta*.

Ocho ó nueve meses ántes de que la expedición saliese del puerto de Algeciras, encontrábase el señor Poey en la isla de Tenerife, á donde habíale conducido, como á tantas otras tierras, su decidida vocación de sabio, si se me permite esta frase.

Con su morral á la espalda, armado del martillo de geólogo, y seguido de su fiel criado, que tenía de rolizo y caebazado todo lo que él de enclenque y activo, pasábase días y noches recorriendo los flancos y las ásperas vertientes del anchuroso circo oval en cuya centro se elevan el Pico y otros dos conos, denominados respectivamente Montaña Blanca y Chahorra.

Cierta mañana en que volvía el sabio de una de estas excursiones, conduciendo, al par de su criado, todo un cargamento de fragmentos de cuarzo, gréis, lignitos, conglomerados y hermosos cristales de azufre en agujas, de que existe crecida cantidad en la Caldera (1), se halló en su domicilio de la villa de Orotava con una misiva, llegada algunos días ántes en el vapor *Africa*, que desempeña el servicio de correos entre España y las islas del archipiélago de las antiguas Afortunadas.

Aquella carta produjo grata sorpresa y satisfacción al sabio. Suscrita la Félix Ballesta, quien le manifestaba que en término no lejano emprendería la proyectada expedición de su padre al polo Sur, y que contaba con el auxilio de su persona y de sus talentos para llevar á cabo felizmente la empresa que se proponía.

¿Qué habla de contestar el Sr. Poey? Halagábase en extremo aquella proposición, y como era de esperar, aceptóla con mil amores.

El propósito, pues, de tomarle á bordo llevó á los buques expedicionarios á hacer escala en la isla de Tenerife.

CAPÍTULO XVII.

FERNANDO DE NOROÑA. — LA ALEGRAJA EN EL ORFENO. — EL CACHALOTE MACROCÉFALO. — BORDO Á BORDO.

I.

Al amanecer del 25 de Setiembre abandonaron la isla de San Pablo el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras*, los cuales, habiendo algunas horas después cortado la línea equinoccial, abandonaron, por consiguiente, el hemisferio del Norte y penetraron en el Sur ó meridional.

Segun el derrotero que se había trazado el capitán, la expedición continuaba navegando, casi con matemática exactitud, por el mismo meridiano. Pero se andar á la sazón era más rápido, porque los maquinistas, en cumplimiento de las órdenes de D. Félix, aumentaron la presión del vapor, lo cual permitió hacer de 14 á 15 nudos por hora.

Sufrían los expedicionarios un calor asfixiante, como que navegaban en plena zona tórrida; desde algunos días atrás imperaban constantemente calmas chélicas, y esto aumentaba á extremo tal el rigor de la temperatura en el interior de las embarcaciones, que fué necesario colocar para que se aliviasen varios ventiladores.

Á las cuatro de la tarde debieron dejar por la banda de estribor, á la distancia de 180 millas, la isla de Fernando de Noroña, y como á las diez de la noche encontraríanse á la altura del cabo de San Roque, que, segun he dicho en otra ocasión, es el punto más avanzado al E. de la América del Sur.

Los temores y presentimientos que tanto habían inquietado en los precedentes días al capitán Ballesta no se habían realizado hasta entónces. Los misteriosos buques que llevaban enarbolada la bandera ingle-

(1) *Caldera*. Así llaman en el país al cráter del volcán.

no volvieron á presentarse; tal vez hicieron rumbo hacia otras latitudes.

Pero el horrado marino no se entregó ni por un solo instante á esta esperanza; ántes bien redobló su vigilancia sobre todo lo que á su alrededor veía. En vano, con perspicaz anhelo, procuraba asir el hilo conductor que le llevase al escondido lugar en que, tan cerca de su persona, habitaba la traición. Pero nada sospechoso, nada anómalo ni incongruente apercibía su recelosa mirada.

Oficiales y marineros cumplían estrictamente con sus obligaciones; nadie rebasaba, ni aun en la apariencia, el estrecho círculo de sus deberes. Todos aquellos marinos mostrábaseles respetuosos, obedientes y atentos á sus más leves indicaciones. ¿Cuál sería entre ellos el límite de la lealtad y el principio de la traición?

En vano algunas veces procuraba atribuir á casuales accidentes los hechos que tanta alarma causaron en su espíritu; entónces sus sospechas, por la fuerza del raciocinio, adquirían en el mayor arraigo; y no encontraba explicación plausible para aquellos accidentes si no se referían á móviles intencionados.

Peró lo cierto, lo positivo era que hasta aquel instante ni el más pequeño rayo de luz iluminaba el sombrío dédalo de suposiciones y conjeturas en que vagaba y parecía perderse el horrado pensamiento de aquel hombre.

II.

Al día siguiente, habiendo los expedicionarios torcido el rumbo al S. O. $\frac{1}{4}$ O. vieron aparecer, próximas ya las doce de la noche, entre las brumas del Océano, por la proa y á la banda de babor de sus buques, negros escollos é islotes de indeterminados contornos, cuyas vagas siluetas se destacaban entre las fosforescentes espumas de las olas que rompían en ellos.

En treinta y dos horas, desde las cuatro de la tarde del día anterior, habían recorrido un espacio de 480 millas.

Las tierras que en aquel momento avistaban pertenecían á la isla Trinidad, situada á 3° del trópico de Capricornio, las cuales deben constituir la alta cúspide de una montaña submarina, elevada tal vez en prehistóricas edades por alguna conmoción volcánica.

Como á una milla por la banda de babor dejó el *Baltasar Ballasta* la isla Trinidad. El resto de la noche transcurrió sin accidente alguno.

La alborada fué esplendente y magnífica; multitud de transparentes nubecillas, oponiéndose á la luz del sol, mázizaban sus núcleos de violáceas tintas y de rosados y encendidos tonos sus bordes, que al principio se señalaban de un modo suave y como espumado, pero que acentuaban vígorosamente sus líneas al par que el astro de la luz iba ascendiendo por sus diurnos caminos.

Y la belleza del cielo reflejábase entónces en la tranquila superficie del mar Atlántico, cual si fuera sobre un espejo de inmensas, de inverosímiles dimensiones. Allí, perdiéndose en lentanza, confundíanse las luces y los colores de la atmósfera con los brillan-

tes reflejos de la vasta extensión de los mares en el extremo horizonte, donde muchas veces no puede definirse en qué parte termina la tierra y tiene principio el cielo; ¡tan maravillosamente unen sus apariencias!

Largas estelas de metálicos y brillantes matices señalaban en las ondas el paso de las dos embarcaciones, cuyos propulsores de hélice movíanse con acompasados movimientos, empujando hacia adelante, tal vez hacia lo desconocido, hacia lo inexplorado, á los atrevidos navegantes que las tripulaban.

En las aguas de las estelas solían presentar de vez en cuando en negro dorso algunos tiburones, que con singular paciencia venían acompañando á los buques desde el mar de las islas Canarias. Otras veces los miembros de aquella temible escolta de honor colocábase á ambos lados de las embarcaciones, y sujetando su andar al de éstas, camuflaban al par suyo, atentos á engullirse todos los desperdicios que eran lanzados al mar.

Tal vez los más viejos entre ellos, sin desdeñar estas golosinas, recordaban mas deliciosos bocados, y pedían al dios de su raza (suponiendo que los tiburones tengan dios) hiciese caer en las salobres ondas á algunos marineros, con lo cual propinaríase un suntuoso y delicioso banquete.

Bañándose en los dorados esplendores de la atmósfera, saturada con la superficie del mar de emanaciones húmedas y salinas, veíanse discurrir, jugando sobre las olas, grandes bandadas de fúlicas, que emigraban en aquellos días hacia las zonas heladas del círculo antártico desde las del Oeste y Norte de Europa.

Estas aves de negro manto, *anas nigra*, y palmpedos pies, nadan y se sumergen en el mar con mayor destreza que ninguna otra ave marina; húndense hasta la profundidad de treinta ó más pies para apoderarse de los moluscos, que constituyen su principal alimento.

También, en pequeños grupos, parecían dirigirse con rápido y poderoso vuelo hacia las costas de América gran número de labos, *letris parasiticus*, especie de paviotas, que son los más terribles y encarnizados onenigos de sus numerosos congéneres.

Asimismo, apercibíase á lo lejos alguno que otro albatros, corriendo más bien que volando sobre la planicie líquida del mar en pos de la codiciada presa.

Entre las olas bullían y se agitaban jugueteando, solazándose, á la luz y al ardiente calor de los rayos solares, abigarrados enjambres de peces de todos tamaños, formas y colores. Pero no era todo esparcimiento y placer en aquella inmensa población acuática; los más fuertes caían de pronto sobre los que lo eran ménos, y sin más preliminares, engullíaseles por docenas.

Todo era luz, animación, movimiento y vida en las vastas soledades del Atlántico en el plácido amanecer de aquel hermoso día, que hacía aun más grato á las tripulaciones de la expedición una fresca brisa que desde la noche precedente sopaba de tierra,



ELCHE Y SUS PALMERAS.

III.

Eran las once de la mañana. Experimentábase á bordo de los buques un calor sofocante, á pesar de los ventiladores y de que grandes toldos resguardaban casi todo el puente de los rayos del sol.

Con harta sorpresa echaron de ver algunos marineros que la guardia de honor que venía custodiándolos desde las islas Canarias había desaparecido de repente, hundiéndose en las profundidades del mar.

¿Qué había motivado aquel singular accidente, tan opuesto á las costumbres de los escuelaos, cuya constancia en seguir á las embarcaciones en sus largos viajes es hasta proverbial y conocida?

— ¡Vaya! — exclamó un marinero joven, y por ende de escasa experiencia en las cosas del mar — los tiburones, viendo que no nos dan caza, han tomado la vuelta de afuera.

— ¡Calla, novato! — prorumpió *Carga Juanetes* con su tono doctoral; — esos animalitos son muy pacienzudos y no se les acaba la paciencia, como tú te imaginas, porque en casos como el presente saben tener mucha paciencia.

— Pero ¿por qué se han ido, como quien dice, de faldones?

— Porque debe haber moros en la costa.

— Eso sí que no lo entiendo....

— Quiero decir, novato, que algun cachalote anda á la búsqueda por este rincón del mundo....

— Y ¿qué casta de peje es ese?

— ¡Toma! es un peje como son todos los pejes....

Trascurrieron algunos instantes. De pronto, la instructiva conversacion de los marineros fué interrumpida por las vociferaciones de uno de sus camaradas que, señalando hácia el Sur, decía:

— ¡Mirad, mirad! Por aquel rumbo se ve un ballena, sé las señas no olviden....

— ¡Calla tú, pipiolo! — exclamó indignado el viejo *Mogyster*. — ¡Ballena en las aguas del trópico!... ¡Me río! Ese es el cachalote que ántes que nosotros han endicao los tiburones, porque tienen estos pejes muy buenas endicueras....

En efecto, á poco más de media milla, mecido por las olas, veíase un monstruo cetáceo....

IV.

Como una hora despues, un bote del *Baltasar Ballesta*, tripulado por el contramaestre Tomás, cuatro remeros y un experimentado ballenero diestrisimo en arrojar el arpon, dirigiase resueltamente contra el cachalote avistado algunos momentos ántes.

El cetáceo permanecía casi inmóvil en medio del masuda oleaje que á la sazón accidentaba la superficie del Océano. La lancha, impulsada por sus remeros, avanzaba con gran rapidez. Tomás el contramaestre empuñaba la barra del timón, y en la proa, puesto de pie, velase al experimentado arponero que se preparaba á lanzar su venablo sobre el monstruo cuando la ocasión le requiriese.

Los seis hombres que tripulaban el bote estaban rezados desde mucho tiempo atras á la peligrosa pesca que se proponían hacer. Á un cable de distan-

cia moderóse el andar de la frágil navecilla; Tomás orzó al E. para aproximarse al monstruo por uno de sus costados, y el bote, sin producir ruido alguno, pues apenas se movian los remos, adelantábase con gran lentitud, paso entre paso, como suele decirse.

El cachalote hizo algunos movimientos; parecia que algo despertaba en aquel instante su atencion. La barca colocóse al fin á sotavento del cetáceo, y ya el ballenero voltea su arpon para arrojársele, cuando de súbito revolvióse el monstruo y se lanzó sobre los que le asediaban.

Un segundo despues su enorme cabeza erguiase por encima de la borda del bote; pero en aquel preciso instante el arponero, sin perder su sangre fria por la proximidad del cachalote, hundió en la carne de éste el acerado arpon.

Huyó el cetáceo, al sentirse herido, exhalando alaridos ensordecedores, como acostumbra á hacer siempre que reclama el auxilio de sus numerosos congéneres. Pero los individuos del bando á que pertenecía debían andar lejos, porque ninguno audió á favorecerle; lo cual no fué poca fortuna para los atrevidos pescadores, que haciendo fuerza de remos llegaron á bordo sin contratiempo alguno.

Entónces, entre los plácemes y el alhorojo de sus camaradas, procedieron á recoger la cuerda atada al dardo, y de la cual había el cachalote en su huida arrastrado un crecido número de brazas.

Poco á poco recogióse toda la cuerda y el animal fué izado á bordo; tan luego se halló sobre el puente, á pesar de sus formidables sacudidas y coletazos, concluyeron con su vida prontamente las hachas de los marineros.

El capitán Ballesta, apenas fué avistado á bordo el cachalote, permitió, de *motu proprio*, al equipaje de la goleta algunos momentos de expansion, intentando la captura de aquel monstruo marino.

Mientras que algunos hombres de la tripulacion hendían á hachazos la voluminosa cabeza del animal, examinábala atontadamente el capitán, el segundo comandante y el locuz doctor Poyé. De pronto exclamó el primero, atajando la palabra al sabio, que se disponia á dar suelta por algunos instantes á la sin hueso:

— Tenemos á la vista, amigos míos, una marsopla ó cachalote, que pertenece á la especie más comun denominada *macrocefalo*; es un ejemplar muy joven, pues podrá tener de largo, á lo sumo, trece metros, mientras que los viejos llegan á veinte y aun suelen exceder de esta medida. Existe en todos los mares y bajo todas las zonas, pero habita con preferencia en las regiones intertropicales. Este animal feroz es el tigre del Océano; nada respeta ni teme nada; ataca sin provocacion y destruye sin necesidad; acomete á las focas, á los tiburones y hasta á las ballenas, á las que humilla muchas veces en singular combate. Su voracidad es prodigiosa; engulle de tal modo su presa, que es muy comun encontrar en su vientre peces enteros de tres y cuatro metros de largo.

(Se continuará.)

ELCHE.

Sobre una altura, y á una distancia de veinte kilómetros próximamente de Alicante, ázase la famosa villa de Elche, entre espesos bosques de palmeras que la rodean, resultándola casi por completo á la vista, y dándole en conjunto un aspecto africano, que reproduce fielmente el grabado que hoy publicamos.

La construcción de la villa, en general, es árabe; sus calles angostas y tortuosas tiene, sin embargo, algunos edificios modernos, así como calles anchas y alineadas.

Corresponde la moderna Elche á la antiquísima *Hiel*; pero, sin embargo, su situación primitiva no es la actual, como lo prueban las ruinas, de origen al parecer romano, que se encuentran hacia el S. E. de la moderna Elche, y que sin duda ninguna son los restos de la famosa *Hiel*, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; sólo se sabe que hacia los 540 antes de Jesucristo, los griegos focenses vinieron á fundarla, conservándola muy cerca de dos siglos, en cuya época fueron sustituidos por los cartagineses, reemplazados después por los romanos.

Hacia mediados del siglo v, los bárbaros del Norte se apoderaron de *Hiel*, hasta principios del año 706 en que fué tomada por los árabes, que engrandecieron sus obras, desarrollaron su riqueza y crearon en ella un centro floreciente de cultura. En 1242 empezó otra serie de alternativas, que terminaron en 1479, época en la cual D. Juan II, monarca á la sazón reinante, hizo donación de la villa de Elche á doña Isabel, princesa de Castilla, casada en 18 de Octubre del referido año con el infante de Aragón D. Fernando.

La iglesia de la villa es de origen muy antiguo, y en cuanto á antigüedades, Elche ocupa un buen lugar.

Contiene la población dentro de su recinto una especie de fortaleza del tiempo de los árabes, titulada *Calahorra*.

Segun dijimos al principio, Elche presenta un aspecto verdaderamente africano. Más de 100.000 palmeras elevan al espacio sus piramidales coronas en forma de abanicos, y producen en gran cantidad los sabrosos dátiles, una de las principales cosechas de aquel suelo.

Esta populosa villa cuenta en la actualidad cerca de 20.000 habitantes.

LOS AMANTES DE TERUEL.

Amábase desde niños; aquella mutua inclinación secreta que los impulsaba á estar siempre cerca uno de otro, aquella atracción que ambos sufrían y con la cual parecía que Dios daba á entender que su destino era vivir siempre unidos, el afán de no separarse nunca en aquellos días, que contentos y tranquilos gozaban esa felicidad que en la niñez existe, privilegio de los corazones vírgenes á los reveses de la fortuna y las contrariedades de la vida, todo esto que

ellos no podían explicarse, fué aumentando y convirtiéndose en amor ardiente, infinito, eterno, que hacía de Isabel y Diego dos seres con un alma sola, un solo pensamiento y una sola voluntad; y cuando sus cuerpos crecieron, y su razon, ya formada y dispuesta para ejercer sus funciones, hicieron ver que se amaban, y que se amaban con delirio, con ceguedad, con locura, cuando comprendieron que les faltaba algo que, como complemento á su dicha, había de unirlos para siempre ante Dios y los hombres, Diego que al rendir su amor á Isabel, había recitado de labios de ésta la seguridad de que los lazos que los unían eran tan firmes é inquebrantables, como firmes sus voluntades en no cejar hasta la completa realización de sus deseos, Diego, repito, dirigióse á D. Pedro de Segura, padre de Isabel, para pedir á ésta por esposa; pero aquél, ensobrecido con sus riquezas é inspirado por su vanidad y su ambición, negóse á tal petición, á pretexto de que su hija era muy jóven y de que, con el inmenso caudal de que era dueña, podía aspirar á un enlace más ventajoso y que la reportase mayores beneficios.

Profunda pena produjo en Diego tal contestación, que hubiera acabado por desesperarle, si al cabo no hubiese amenguado, merced al hallazgo de un remedio eficaz, aunque largo, para sus males; era éste partir á la guerra, donde á fuerza de arrojo é intrepidez se conquistára una fortuna con la cual satisficiera las ambiciosas é interesadas miras de D. Pedro y lográra á su Isabel; á vencerle en sus propósitos de marcha, no fué suficiente el conocimiento de los obstáculos que habían de presentársele para el logro de su empresa, y la pena de verse separado de su amada cinco años, período fijado para que en su trascurso Diego se procurara aquella fortuna, causa de sus desdichas, y al cabo del cual regresaría para celebrar su matrimonio con Isabel, si había logrado su objeto, siendo libre D. Pedro de imponer su voluntad á su hija, para que con otro casase, si pasado este tiempo Diego no hubiese efectuado su regreso.

De Teruel salió, dirigiéndose á Zaragoza, desde donde marchó á Toledo, alistándose en esta ciudad, bajo las banderas de Alfonso VIII, como voluntario cruzado; asistió á la célebre batalla de las Navas de Tolosa, empezando así á labrar, con sus esfuerzos y trabajos, aquella posición necesaria para obtener á su Isabel; ya capitán de las tropas del Rey de Castilla, y habiendo éste comisionado al obispo de Osmá para que expusiese al Sumo Pontífice de la Iglesia, Inocencio III, los favorables resultados que había alcanzado sobre los moros, parte á Roma, mandando la escueta que acompañaba al obispo en su viaje; á la vuelta peleó á las órdenes del Conde de Monfort, en el condado de Foix (Francia), contra los albigenses, mereciendo por su conducta, y ya en España, plácemes y felicitaciones del rey Alfonso; al poco tiempo y habiendo pedido á éste auxilio su primo el rey de Leon, para ayudarle contra las continuadas embestidas de los sarracenos, dirigióse á este punto, donde, á las órdenes del Conde de Haro, lucha como valiente, volviendo al poco tiempo á Castilla, para marchar con las tropas de que formaba parte á

gula al principio, vase convirtiéndose, á medida que el tiempo corre, en ardiente, impetuosa, dominante, y que al fin llega á fundir en una sola dos almas que se abrazan, que se estrechan, que se confunden; dos seres que, portándose como buenos y honrados, despreciando esa pasajera y fugaz satisfacción que producen los placeres materiales, porque para ellos no existen apetitos, ni intereses carnales, ni han sentido revolverse en sus almas los instintos del bruto, prefieren adquirir la felicidad, no por un camino torcido y tenebroso, si no ante la luz, á los ojos del mundo, que se aman, que se adoran, aún más, que dilatan uno por otro; para los cuales la vida es insostenible carga, si no las llevan; que con una mirada, una sonrisa, un beso, ven rasgar el cielo que los cubre para dejarlos admirar otro cielo aún más hermoso que el primero, que es tal el amor que se profesan, y tal la fuerza con que los domina, que dilatan uno por otro alma y vida y honra, pesadosos porque Dios no les ha dado más vidas y más almas que ofrecerse, como pruebas de amor, como testimonio de cariño; que sólo piensan en satisfacer esta pasión, pero en satisfacerla honradamente, y que, sin embargo de esto, después de haber sufrido cinco años de ausencia y de haber pasado el peligro, cautiverio, dolores y reveses, y ella tormentos de duda é incertidumbre que mata, en vez de encontrar un premio que recompensara tanta lágrima, en vez de hallar el pago que á su constancia y su fidelidad correspondía, en lugar de llegar á poseer una felicidad completa, íntegra, y por la cual tanto sufrieron, merecen, de quien sea, Dios ó la fatalidad, solamente la eterna noche, el sueño que nunca acaba; dos seres así, siempre anhelantes, tristes, dividida su existencia entre recuerdos y esperanzas que valen tanto como quimeras y fantasmas, dos seres así, son Isabel y Diego, muertos por la estúpida vanidad de un padre para el cual el oro lo es todo; el amor, que es Dios, nada; y el mundo, un mercado inmenso donde se compran y venden corazones, como género que no sirve más que para adquirir muchas riquezas y satisfacer groseras ambiciones.

Triste, muy triste es la historia de los Amantes de Teruel, y penosas las reflexiones que de ella se desprenden; pero aún es más triste considerar que en la eterna lucha que la vanidad y el amor sostienen, éste, que es emanación directa de Dios, debiera vencer siempre, resulta hollado y pisoteado por esa otra pasión sanguerosa y despreciable que convierte al hombre, de tal en depósito viviente de inmundicias y desperdicios. ¡Amor! ¡vanidad! sois incompatibles.

FERNANDO PASCUAL.

EL OLMO DE SAN PEDRO.

Sobre la orilla derecha del Aveyron, á cinco kilómetros de su embocadura, se eleva el puobcicito de San Pedro, compuesto únicamente de la casa del párroco, de una iglesia, un molino y algunas casitas se-

paradas á un lado y otro. Como se ve, el tal pueblo no ofrece nada en sí de notable; sin embargo, multitud de viajeros le visitan. Van á extasiarse ante un olmo, más que secular, que existe á pocos pasos de la iglesia.

Este coloso mide en la parte más estrecha de su tronco 7 m,50 de circunferencia. Á una altura de 2 m,60 se divide en seis ramas secundarias, cuya circunferencia varía entre 2 y 4 metros, dejando entre ellos un espacio capaz de contener seis ú ocho personas.

Para dar más solidez al citado árbol se ha rodeado su base de un montecillo de tierra.

Las ramas, á pesar de que las podan todos los años, forman, sin embargo, una circunferencia de más de 60 metros.

No es, pues, dudoso que este árbol tiene muchos siglos de existencia, y que ya debía existir en 1622, cuando Luis XIII pasó por aquel sitio para ir á sitiar á la ciudad de Montauban.

TIEMPO QUE UN CABALLO

PUEDE VIVIR SIN COMER.

Hace poco se han hecho en Francia algunos experimentos por personas inteligentes en la veterinaria, para saber cuánto puede vivir un caballo privado de alimento, y han dado los resultados siguientes: un caballo puede vivir veinte y cinco días sin alimento sólido y bebiendo sólo agua; puede vivir diez y siete días sin comer ni beber nada; pero no puede vivir más que cinco días tomando alimento sólido, pero sin beber agua.

CASOS Y COSAS.

Un médico de Madrid, que vivía en la calle de Segovia, decía una noche:

—Vengo de visitar tres enfermos: uno en la ronda de Santa Bárbara; otro en la Puerta de Alcalá, y el tercero en el Pacifico.

—¡Caramba!—murmuró uno de los que le oían— parece que todos los enfermos de V. están en el último extremo.

Hubo hace algunos años en la plazuela de las Descalzas un teatro mecánico, con el nombre de los Países-Bajos, al que concurría mucha gente.

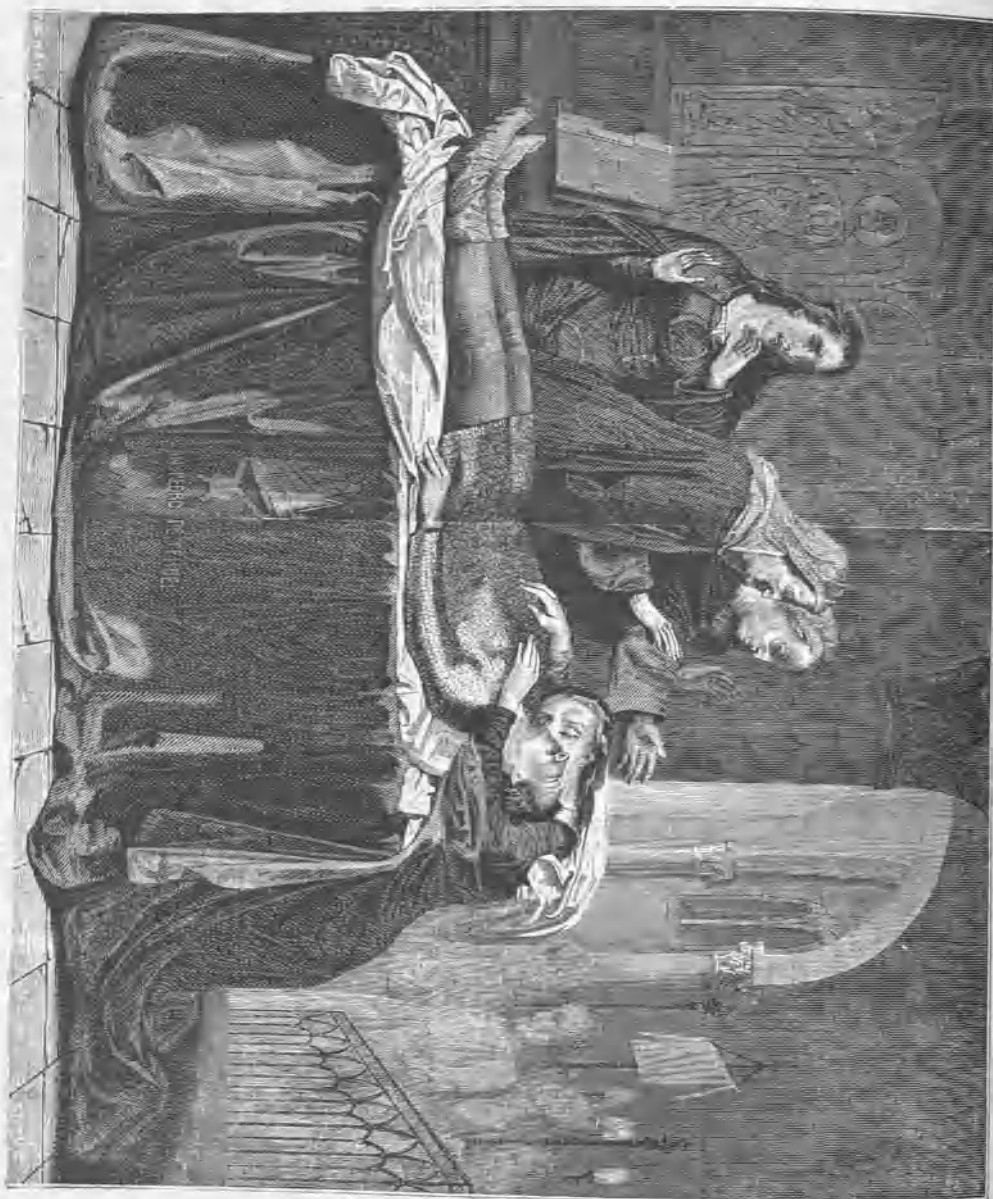
Una tarde de lluvia oímos el siguiente diálogo, entre una chula que se alzaba los vestidos al saltar un charco, y un caballero que miraba fijamente al suelo:

—Caballero, ¿qué busca V.?

—Señora, buscaba los Países-Bajos.

—Pues, amigo mío, hoy no hay función.

MANUEL DEL PALACIO.

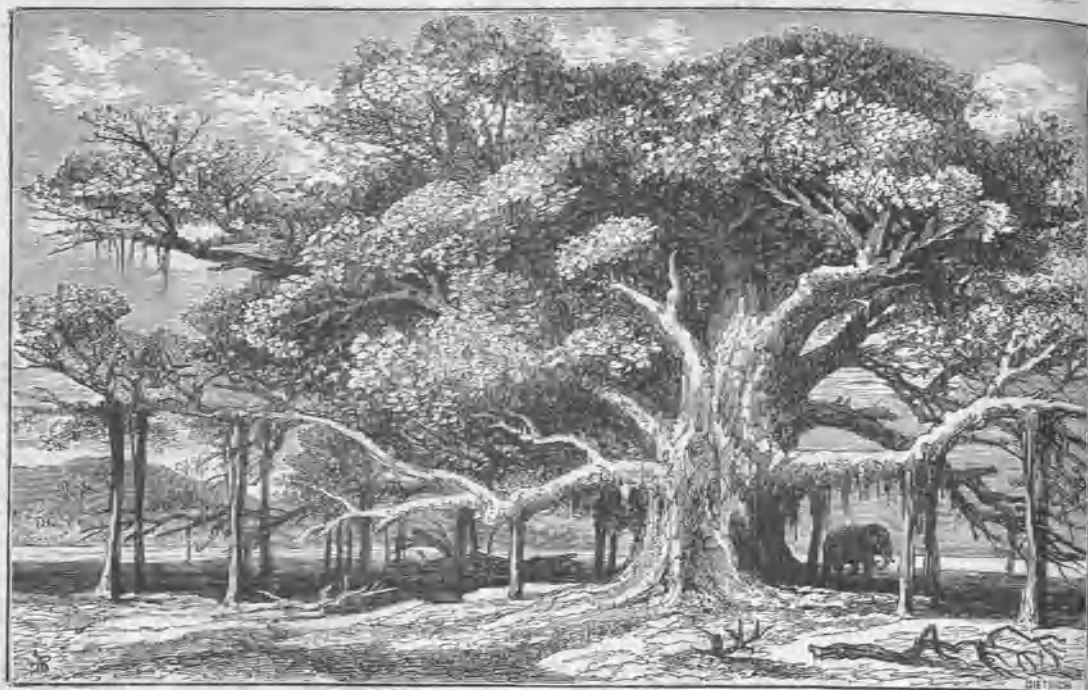


LOS AMANTES DE TERUEL.—(CUADRO DE DOS JUAN GARCÍA MARTÍNEZ.)

COSAS DE MADRID.



- ¿Qué precio tiene el cuarto desalquilado?
— No sirve para V.
— ¿Por qué?
— Porque es V. muy viejo y el casero no quiere
que se muera nadie en la casa.



EL OLMO DE SAN PEDRO.

EPIGRAMAS.

Puso el gastro Fantasia
 Á su puerta este letrero:
*Aquí se hacen con esmero
 Trajes al gusto del día.*

Y una muy guasona mano
 Escribió debajo así:
 « Á gusto del día, sí,
 Pero no del parroquiano.»

B. E.

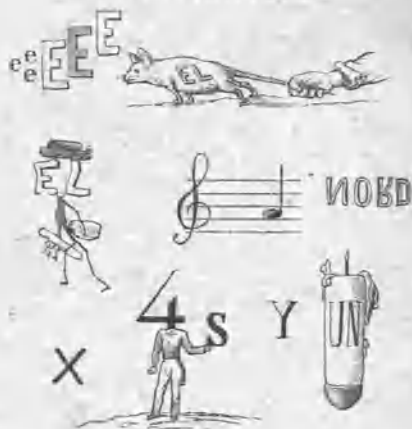
Á una de la aristocracia
 Cogió un cochito, y del porrazo
 Que la dió, la rompió un brazo,
 y ella exclamó en su desgracia:
 — Lo que me hace padecer
 Y me irrita, sobre todo,
 Es el verme de este modo
 Siendo el coche de alquiler.

ANTONIO RIBOT Y FONREDA.

Solucion á la charada del número anterior.

MARIANO.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Elche y sus palmeras.—Los amantes de Teruel, cuadro de García Martínez.—Cosas de Madrid.—El olmo de San Pedro.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keralan el Testarudo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Magnus-Heid.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Peto Sur, Moreno Fuentes.—Elche.—Los amantes de Teruel.—El olmo de San Pedro.—Tiempo que no cabe en un día.—Elche y sus palmeras.—Cosas y cosas, por Manuel del Palacio.—Epigramas.—Solución á la charada.